

225



CASTILLA Y ARAUCO

O EL GÉNESIS
DE UN PUEBLO



DRAMA HISTÓRICO EN 4
ACTOS Y EN VERSO DIVI-
DIDO EN SEIS CUADROS

POR

Angel Pobes Chabarri

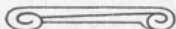


IMPRENTA BARCINO
AVENIDA RECOLETA, 432

FE DE ERRATAS

No obstante mi deseo de que la obra resultase en su parte material, tan perfecta como fuera posible, se han deslizado en ella algunos errores de importancia que paso a señalar:

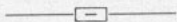
<u>PÁG.</u>	<u>LÍNEA</u>	<u>DICE</u>	<u>DEBE DECIR</u>
13	28	fecha	fecha
17	16	ANG.	ONG.
21	16	desapareciendo	despareciendo
21	27	al cabo dijo	al cabo me dijo
43	7	arboledas	arboladas
44	29	que el	que en el
53	13	descanséis	descanses
59	34	las glorias	la gloria
60	22	nuestras	vuestras
68	15	agolpo	agolpa
75	31	ARÑ.	ARN.
85	15	dgs	dos
95	33	anotado	notado
98	24	¿Suponías	¿Tu suponías
103	21	mi tierna infancia	mi infancia
103	30	espadadas	espadas



Castilla y Arauco

6

EL GÉNESIS DE UN PUEBLO



DRAMA HISTÓRICO EN 4 ACTOS
Y EN VERSO
DIVIDIDO EN SEIS CUADROS

POR

ANGEL POBES CHABARRI



BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA
"JOSÉ TORIBIO MEDINA"

SANTIAGO DE CHILE

IMPRENTA Y ENCUADERNACION "BARCINO"

AVENIDA RECOLETA, 432

1914

QUEDA HECHO EL DEPÓSITO
::, QUE MARCA LA LEY ::

EXPLICACIÓN

Mi admiración por los hechos grandiosos que emergieron al choque de dos razas indomables durante la conquista de Chile, ha sido el acicate que ha empujado mi deseo hasta dar cima al drama histórico CASTILLA Y ARAUCO, destinado á ser un factor aunque nimio en el recuerdo de tan relevantes emergencias.

Mi pluma, no obstante inepta y burda ante la magnitud de la empresa, ha procurado retener para el teatro (la más vivida y objetiva de las escuelas) uno de los episodios más salientes de la homérica lucha, á la vez que la recordación del glorioso fuerte de Penco, donde se desarrolló y donde el egregio DON ALONSO DE ERCILLA Y ZÚÑIGA escribió y *vivió* parte de su inmortal poema.

Hoy, de ese monumento histórico, la más veneranda reliquia de aquel tiempo, no se conserva más que la muralla frontera al mar; acaso este único y triste despojo desaparezca en breve como hace pocos años desapareció, al golpe de la piqueta, lo que de la gloriosa fortaleza había resistido al embate del mar y de los años, que no era poco.

Si plumas más felices y menos torpes que la mía, abriéndose paso por entre el prosaismo y la indiferencia, me siguieran por el ancho y hermoso camino, mi satisfacción sería más alta que lo fuera el éxito más completo de mi obra.—*Vale.*

PERSONAJES

YANAYA
TINIGRA
D.^a MENCIA DE LOS NIDOS
TEGUALDA
D. ALONSO DE ERCILLA
Y ZUÑIGA
CAUPOLICÁN
HERNANDO MARTÍN DE
ELVIRA
COLOCOLO
D. GARCÍA HURTADO
DE MENDOZA
GRACOLÁN
TUCAPEL

LAUCO
DOMÍNGUEZ
ARNÁEZ
MILLALAUÇO
ONGOLMO
QUIAMPO
LINCÓYA
OROMPELLO
RENGO
TALCAHUANO
2 CENTINELAS ESPAÑOLES
1 CENTINELA ARAUCANO,
SOLDADOS ESPAÑOLES
Y ARAUCANOS

La acción en los alrededores de la Bahía de Talcahuano en octubre de 1557

Derecha é izquierda las del espectador.

Si el personal masculino fuese escaso para la representación de la obra, puede ésta ser representada perfectamente con 9 hombres (acaso con 8), pues admite varios *dobles* como observarán los señores Directores.

Títulos de los episodios



PRIMER ACTO

Vencer ó morir. — Las dos amigas. — Valor y nobleza. — Hacia el fuerte español.

SEGUNDO ACTO

Plan de defensa. — Minerva y la ingenuidad. — El reptil. — Choque de titanes.

TERCER ACTO

Un rasgo de Ercilla. — La despedida. — Amor. — La paloma y el gavián.

CUARTO ACTO

Libertad ó muerte. — La delación de una flecha. — Por la cruz y por la patria. — La patria futura.

Véanse las notas para la indumentaria, cortes y demás al fin de la obra.

Observación á los señores Directores

Señores directores de escena:

No pido, mis queridos amigos, que las obras se hagan pronto sino que se hagan lo mejor posible.

Para lograr esto no conocemos Vds. y yo más que un remedio: *muchos ensayos*.

Eso de que una comedia se copie hoy, se ensaye mañana y se estrene al otro día, podrá ser conveniente para alguien *pero no para los artistas y mucho menos para el autor*. Crean Vds. que con un par de ensayos *solo puede estar bien un actor bajado del cielo*... Y que yo sepa no hay en ninguna compañía actor alguno que haya hecho ese viaje.

De Vds. agradecido amigo y admirador.

VITAL AZA.

Si la anterior observación, de nuestro celebrado Vital Aza, va colocada al frente de una comedia escrita en prosa y en un solo acto, yo ruego á los señores Directores de Escena consideren cuan más aplicable será á una obra como la presente, escrita en diferentes versos, en cuatro actos y á más histórica.

He observado en no pocas ocasiones que por desatención á las reglas que fluyen de la advertencia de Vital Aza (*reglas que no ignoran, sin necesidad de advertírselas nadie, los directores de escena*) obras de celebradísimos escritores; obras consagradas por el aplauso unánime de las naciones, *han resultado en la ejecución solemnes paparruchas y verdaderas galimatías en la dicción*; esto sin tomar en cuenta el daño que por todos conceptos sufren los intérpretes con tales precipitaciones que menoscaban sus facultades en todo y por todo y el perjuicio que así mismas se irrogan las empresas de parte del público, que tarde ó temprano concluye por advertir que se le está engañando y deja de incrementar la taquilla, lo cual, como perfectamente puede observarse, es lo más doloroso para una empresa.— *Vale*.



ACTO PRIMERO

PRIMER CUADRO

Cercanías de Talcahuano. Al fondo parte de la bahía y altos de Tumbes.

ESCENA PRIMERA

(●) CAUPOLICÁN con maza, TUCAPEL con maza, COLOCOLO con lanza, MILLALAUCO con arco y flechas.

CAUP. Proseguid Millalauco.

MILL. Costeando

las ciénagas que cercan la bahía
paso tras paso caminé hacia Penco
cumpliendo la orden vuestra recibida,
más viendo que aún al día le restaba
largo trecho, al pasar una marisma
y á la vista del fuerte, entre unos juncos
que espesos me ocultaban me tendía.

Descansé y esperé; cuando el crepúsculo
ver apenas dejaba la campiña
al odiado baluarte, poco á poco,
con la astucia al asunto requerida,
me fui acercando.

Tuc. ¿Y visteis?

(*) Millalauco. Caupolicán.
Colocolo. Tucapel.

que al cercado recinto se avecina
 pude observar muy bien, que las estrellas
 con su brillo ayudarme parecían,
 á los de España que en trabajo rudo
 terminaban la empresa acometida
 con el afán que suelen las abejas
 en sus panales emplear solícitas.

Y tan adelantadas sus labores
 cuando de allí me retiré tenían
 que á este tiempo no creo que les falte
 ni almenar un bastión, ni una cortina;
 * ocho cañones que los flancos guardan
 colocados quedaron á mi vista;
 y solo menudencias interiores
 ocuparán sus últimas fatigas. *

(*á Caup.*) Tal en resumen es, señor, lo visto
 por éste vuestro fiel súbdito y guía
 que os ofrece llevar los escuadrones,
 cuando así lo ordenéis, por las marismas
 á donde dejo dicho en tiempo breve
 pues gran trecho de aquí el fuerte no dista.

Tuc. (*Con ira*) Y si distara lo que el un extremo
 del mundo al otro, Tucapel iría
 allí á buscarlos, y con fiero encono
 descargará su rabia comprimida.

(*á Caup.*) Solo con mis maceros te prometo,
 sin más auxilio, ejecutar tal riza
 sobre ellos y su fuerte que no quede
 ni piedra en quicio, ni hombre con la vida

Hasta Mapocho mismo iré en demanda
 de esa villana gente ya que estriba,
 según dicen, allí su poderío
 y mientras que las llamas sus guaridas

consuman, los cuchillos de mis bravos
veré que en sus gargantas se ejercitan.

¡Ya gozo de pensar que sus corceles,
tan escasos aún en nuestras filas,
nuestro poder vendrán á hacer más grande
y más grande á sus amos la desdicha!

Sus mujeres serán botín de guerra,
y no por cierto de importancia nimia,
y sus armas, preseas y vestidos
nuestra defensa, adorno y policía.

No estoy contento aun, que una vez esto
que digo terminado.....

COLO. *(Atajándole)* No prosigas
Tucapel, que si en todo cuanto has dicho
se advierte bien tu arrojo y valentía
también sé que en arrestos semejantes
suelen perderse bellas energías.

Reporta Tucapel, templa tus bríos
que si alta gloria como veo aspiras
no es prudente que subas presuroso
al árbol que tan noble fruto brinda,
que atolondrado por tu misma urgencia,
pésima consejera en nuestra liza,
acaso cuando más cierta la juzgues
vengas al suelo con mortal caída.

El torrente que corre atropellado
no consiente los frutos en su orilla;
antes bien, los que encuentra en su camino
en su turbión estéril precipita.

Por el contrario, el río sosegado
los gérmenes esparce y las semillas
por sus fecundas márgenes que luego
de pompa visten su preciada linfa.

Tiempo vendrá cercano en que ejercites

tu valor y pujanza en cruda lidia,
mientras tanto pensemos cuerdamente
la conveniencia, el medio, el modo, el día;
no tengas en tan poco á los de España
que ya sabes que venden bien sus vidas.

TUC. En ellas, Colocolo, ansío cebarme;
pronto será mi maza quien lo diga.

COLO. No atajes, Tucapel mis argumentos
que al bien común al cabo se encaminan;
para algo á de servirme la esperiencia
que guarda mi cabeza encanecida;
ésta me dice que la ibera gente
desde que aquí arribara con Valdivia,
en tan corta porción que á no probarla
al más medroso le causara risa,
conquistó en breve tiempo tal renombre
con su valor, astucia y energía
cual jamás alcanzaron en Arauco
los guerreros inúmeros del Inca.

Mirad sino á los bravos Promaucaes
que trás gloriosa brega de tres días
á los hijos del Sol arrebataron
con la victoria todas sus insignias;
haciendo comprender á las legiones
que Siquiruca el príncipe regía,
que más acá del Maule sus pisadas
para siempre quedaban excluidas.

Más pasó de este río la corriente
de Valdivia la breve compañía
y los Mauleses..... fresco está el recuerdo,
pese á su oposición tenaz y heroica,
hubieron de dejarles franco el paso
que al ancho Bío-Bío los traía.

* Y en la misma comarca que tu riges

¿acaso no recuerdas?

Tuc. Ya ¡Qué riza
se hizo allí en los cristianos, Colocolo!
Ni uno escapó siquiera con la vida!
(riendo) El buen Valdivia abandonó en un punto
su sed de gloria, de oro y de conquista.

CAUP. Por cierto que su arreo y vestimenta
como hechos por intento á mi medida
me ajustan, que cual soy era fornido
el valiente español, por vida mía.

COLO. (á Tuc.) Si; más has de mirar que de sesenta
no pasaba su escuadra.....

Tuc. Sostenida
por dos mil promaucaes, que olvidados
de su derrota y nuestra valentía,
de Valdivia siguieron los pendones
soñando, los ilusos, nuestra ruína.

Por cierto, caramente compensaron
su traidora actitud y villanía,
pues no sé de ninguno que librara
de lance tal, su despreciable vida.

COLO. No te lo he de negar; más considera
que en aquella extensísima campiña
maniobraban apenas los guerreros
que el araucano estado defendían,
y que aun así los del cristiano bando
tal estrago sembraban en las filas
que á no ser por Lautaro, que volviendo
por la honra de la patria escarnecida
el fuego reavivó de nuestras almas
volviéndonos á la dejada lidia,
la victoria ese día de ellos fuera
y nuestras la derrota y la ignominia.

Tuc. Si; por Lautaro fué; ¡leal amigo!

por su amistad acaso estoy con vida,
que cien veces á punto de perderla
entre chusma que vil me acometia
estuve aquella tarde, en que por darle
al necio Puchecalco merecida
lección con esta maza que sustento
por sus patrañas de agorero indignas
(*a Caup.*) contra mí la azuzásteis furibundo.

CAUP. (*con cierto enojo*) ¡Qué siempre, Tucapel, bus-
¿á qué venir á recordar ahora [quéis la riña!
lo que en profundo olvido estar debía?
á más que confesasteis ya que aquélllo
fué solo culpa vuestra y exclusiva,
que el caduco agorero, ya demente,
un tan airado fin no merecía.

COLO. (*á Caup.*) ¡Calma, calma señor! (*á Tuc.*) amigo
que recuerdes te pido, si es que estimas [mío
en algo la amistad que te profeso
y la que tu en retorno me practicas,
que no es la hora presente (ni yo juzgo
que lo sea ninguna) la propicia
para rememorar pasados yerros
que á desunión tan solo nos incitan.

Mejor es que estrechando nuestras manos,
dando al olvido miseras rencillas,
unamos nuestras armas en defensa
de esta patria por todos tan querida. *

CAUP. (*mirando á la derecha*) Veo que se aproximan á
algunos capitanes de valía. [este sitio

MILLA. Sí; vienen al consejo convocados
por vuestros corredores.

CAUP. (*mirando á lo lejos*) ¡Oh! Magnífica
es la muestra que dan de patriotismo
al acudir con gente tan lucida!

¡Ved señores! ¡Mirad esas escuadras
(acercándose á la derecha, los demás le siguen)
tan gallardas, impávidas y altivas
como surgen por cima de los cerros
en tanto otras al valle ya declinan!
(adelantándose á los que llegan)
¡Salud señores; de la patria en nombre
os doy la más sincera bienvenida!
(dándoles las manos)

ESCENA II

DICHOS, LINCOYA, ONGOLMO y otros Caciques con diversas armas indígenas y adargas, que van tomando las posiciones indicadas al pie.

LINC. *(adelantándose)* En su nombre, señor, también doy á vuestra acogida tan benigna. [las gracias
CAUP. Do quier vayáis, Lincoya, merecido tenéis que se os acoja con caricia. *(Continúan simulando hablar en grupo animadamente)*
ONG. *(reparando en Tucapel)* ¡Valiente Tucapel! (●)
TUC. *(efusivamente)* ¡Amigo Ongolmo! parece que jugamos gran partida dentro de poco.
ONG. Si; bien corta tregua vuestra maza logró.
TUC. ¿Corta? Larguísima. su duración ha sido á mis deseos pues por mi voluntad nunca estaría ociosa hasta dejar el araucano nombre asentado donde el mundo fina; más todo se andará, que por adorno

(*) Millalauco Caupolicán Lincoya
Colocolo Caciques

Tucapel Ongolmo

en la enemiga sangre ha de teñirla
mucho más que lo está.

ONG. ¡Muy bien! tus frases
al par que tu valor bien justifican
la confianza que el senado entero
sobre tu fuerte pecho deposita.

TUC. Pueden tenerla Ongolmo, que á ninguno
(yo te lo fio) como á mí le anima
esta sed de venganza que impaciente
mi sangre por las venas precipita.
¿Y Orompello?

ONG. ¿Orompello? ya muy cerca
de aquí estará; su grata compañía
me acertó álegamente la jornada
y su plática amable, varia y fina.

Aunque tan joven és, bien merecido
tiene el puesto que ocupa en la milicia
* veterano se muestra en el combate
pues tal aplomo emplea y tal sonrisa
que rodeado le he visto de enemigos
cual si se hallase en fiesta ó cacería; *
ya manifiesta que tu sangre corre
por sus venas también.

TUC. ¡Oh! ¡Sí! Noticias
he tenido copiosas que á mi primo
de soldado bizarro certifican.

ONG. Muy justas son.

CAUP. (*dirigiéndose á todos; Tucapel y Ongol se incorpo-
ran al grupo*) ¡Valientes capitanes
á los que el fuerte Arauco su honra fía;
dignos sustentadores de su gloria
que mil altas acciones acreditan;
por lo que el diligente Millalauco
nos ha esplicado, véis que se confirma

lo que algunos amigos que lo han visto
dijeron aquí mismo hace tres días.

El enemigo, despreciado osado
su marineró albergue en Quiriquina,
á un paso de nosotros, cual sabemos,
con incansable afán se fortifica.

Tal es la desvergüenza de esa gente
procaz, avara, torpe y fementida,
que teniendo en bien poco nuestras armas
cien veces en su odiada sangre tintas;
sin ver que en nuestra patria no han logrado
cuanto un palmo de tierra en su porfia,
y que, al revés, su temeraria instancia
castigasteis en forma cruel y digna
una vez y otra vez, tornan de nuevo
con provocante muestra, donde un día,
no lejano por cierto, nuestros bravos,
de su valor llevándose y su ira,
ejercieron en ellos tal castigo
que extraño como vuelven á la liza
y á morir, de seguro, todos juntos
á nuestras manos.

LINC..

No espirará el día
de mañana, señor, sin que logrado
tu afán y el nuestro sea; las insignias
de todos tus guerreros ya se esparcen
como lo ves, por toda esta campaña.

* Con Leucoton, Pillolco y Tulcamara
vienen los que á la flecha se dedican;
mirad Andalicán y Mareande
y á Tomé con su ejército de picas;
Longomilla, Elicura, Rengo y otros
fuertes varones que el nombrar sería
prolijo y excusado, pues en suma

Arauco entero á la venganza aspira; *
todos los hombres de armas han venido
que un solo pensamiento los agita:
ya sabemos cual és; solo esperamos
tu voz con impaciencia comprimida.

TUC. Opongámonos, sí; cual solo un hombre
á sus torpes deseos de conquista.

COLO. ¡Qué el amor de la patria y su defensa
sea de todo Arauco la consigna
y que de nuevo la araucana frente
victorioso laurel ostente altiva!

CAUP. Pues nada hay que esperar y hacia el ocaso
para nuestra ventura el sol declina
quiero acercarme en cautelosa marcha
contra la fortaleza aborrecida. (*Se disponen á salir por la derecha*).

ESCENA III

DICHOS, GRACOLÁN y TALCAHUANO, por la derecha

GRAC. (*deteniéndose primer término*) ¿Si hay licencia?...

CAUP. (*tendiéndole las manos*) ¡Gracolán!

(*lo mismo á Talcahuano*) Acercaos Talcahuano,
Caupolicán es hermano
de quienes honor le dán.

(*Inclínanse ambos con la mano en el pecho*)

Podéis hablar sin recelos,
si es por asuntos de guerra,
ya que en la araucana tierra
no privan otros desvelos.

Los que miráis a mi lado
son oportunos testigos,
fidelísimos amigos

y caciques del estado;
decid pues.

GRAC. Sabéis señor
como a mi caro pariente
Talcahuano, aquí presente,
cedistéis el alto honor
de mandar los escuadrones
que en el esperado asalto
han de colocar tan alto
nuestros gloriosos pendones.

CAUP. Es verdad; él el primero
la contienda ha de iniciar
mientras que cerca del mar
yo con la reserva espero;
y al tardar él en rendir
el baluarte castellano
con mi ejército lozano
llego el lance á definir;
aunque en este caso creo
solo la refriega ver;
le sobran para vencer
su valor y su deseo.

TALC. Tales elogios, señor (*inclinándose*)
más mi afecto á vos obligan.

CAUP. Que á un varón cual vos se digan
justicia és y no favor.
¡Y bien Gracolán! decid.

GRAC. Antes de haceros un ruego,
para lo cual aquí llego,
que recuerde permitid,
aunque á tal recuerdo inmuto
y se turba mi razón,
cierta luctuosa ocasión
que á Arauco vistió de luto.

Era Lautaro, el soldado
que de gloria nos cubriera ;
al que en la lidia guerrera
jamás fué el triunfo negado ;
el que de una en otra hazaña,
tras breve y sangrienta guerra;
libre dejó nuestra tierra
de los milices de España.

De mayor fama ganoso
y aspirando á más estrago
sujetar quiso á Santiago
de su carro victorioso.

ONG. Muchos bravos se alistaron
bajo su insignia triunfante
y á la ciudad arrogante
sus pasos enderezaron.

GRAC. En Mataquito, señor,
(lugar de triste memoria
para la araucana historia
y alto ejemplo de valor);
de una sierra en la vertiente,
siempre á la defensa atento,
formaba su campamento
dando descanso á su gente,
bien ajeno á que un malvado
(*con ira*) ¡Aun descubierto no ha sido!
por la vileza movido,
por su alma baja guiado,
á Francisco Villagrán,
que su vecindad ignora,
en infidencia traidora
manifiesta sitio y plan. (*Pausa*)

De obscura noche al amparo
por desusado camino,

Villagrán al campo vino
del confiado Lautaro;
y á los fulgores primeros
de la mañana siguiente
cayó sobre nuestra gente
el tropel de sus guerreros.

Apenas de la contienda
Lautaro percibe el ruido,
descuidando imprecavido
la malla que le defienda,
salta el primero á la lidia;
(*con tristeza*) ¡más también traidora flecha
saltó del arco derecha
lanzada por la perfidia!
y el corazón más entero
que la tierra sustentó
de latir allí cesó
traspasado por su acero.

CAUP. (*con tristeza*) Sí; mi valiente segundo
nos dejó en su fin glorioso
el recuerdo más precioso
de su paso por el mundo;
tan durable la memoria
será de sus hechos grandes
que del mar hasta los Andés
vivirá siempre su gloria.

GRAC. (*Como hablando consigo mismo*)
¡Fué aquella una flecha horrible
¡aún mi mente lo está viendo
y un destrozo tan horrendo
se niega á juzgar posible!

TUC. Según relación sabida
tal los nuestros se mostraron
que todos allí aceptaron

cruda muerte y no vil vida.

GRAC. Todos, sí, pero no, todos
lograron su noble intento
que conservaron su aliento
dos por parecidos modos.

TUC. Rengo, en condición menguada
sin fuerzas ya y desangrando,
pudo llegar arrastrando
la noche de esa jornada
de cierto anciano cacique
á la choza, y en verdad
debe á su celo y piedad
el tomar hoy su despique
más el otro.....

GRAC. (*señalándose*) Aquí presente
le tenéis; también mi hierro
mandó al eterno destierro
aquel día mucha gente.

En la liza encarnizado
por el campo discurría
y mi lanza se teñía
toda en humor purpurado.

De pronto fiero ginete
tinta en sangre la ancha espada
con ambas manos alzada,
ciego contra mi arremete;
reparar el golpe fiero
bajo mi lanza intenté
pero mi esperanza fué
vana, que el filoso acero
en dos la quila partió
y desviándose presto
de plano el golpe funesto
la cabeza me alcanzó. (*pausa*)

Sentí un extraño zumbido
y como herido de un rayo
en un súbito desmayo
me desplomé sin sentido. (*pausa*)

De la alborada al frescor
volví en mí al siguiente día;
mi cerebro recorría
zumbido ensordecedor.

* Tan exhausto me encontraba
que sólo tras mucho empeño
con el auxilio de un leño
asentar mis piés lograba. *

Giré mis turbados ojos
en contorno y sólo vieron
de los que antes héroes fueron
de Arauco yertos despojos. (*pausa*)

¡Día mil veces aciago!
¡cuánto corazón bravío
llevó a su reino sombrío
la muerte en aquel estrago! (*pausa*)

Casi ajeno á mis acciones
me hallaba y por suerte mía
llegó al promediar el día
uno de mis mocetones.

A su rancho retirado
con otros dos me llevó
y generoso atendió
con solicitud mi estado.

* Hube de permanecer
largo tiempo en la cabaña
hasta mi dolencia extraña
del todo extinguida ver. *

Pocos días ha que enhiesto
y fuerte como antes era

torne bajo mi bandera
para la lucha dispuesto.

Y hoy, señor, vengo á rogaros
por nuestra patria querida
me encomendéis la partida
en que váis pronto á empeñaros.

* Un soldado fué sin fama
Rengo y en verdad os digo
que hoy hasta el mismo enemigo
fuerte varón le proclama;
á él no puede sonrojar
el oír que en Mataquito
por accidente inaudito
con vida logró salvar;
á mi sí, que aun no he logrado,
pese a mi anhelo ferviente,
colocar gloriosamente
mi nombre en sitio elevado. *

Talcahuano su importancia
concediendo á la honra mía
aunque tras mucha porfía
cedió á mi continua instancia
y en vos estriba, señor,
que llevando yo á la gloria
nuestro pendón de victoria
cobre mañana alto honor;
si lo queréis permitir
cederme el cargo se digna.

CAUP. ¿Sabéis cual es la consigna?

GRAC. (*con resolución*) Lograr el triunfo ó morir.

CAUP. Bien, Gracolán; vuestro anhelo
pronto se verá logrado;
el asalto encomendado
dejo á vuestro noble celo.

GRAC. *(alzando la lanza)* ¡Y yo por mi nombre os juro
que mi lanza, la primera,
ha de esgrimirse altanera
sobre el almenado muro!

CAUP. Así lo espero en verdad
Gracolán, que aunque os tenéis
en poco, sé que valéis
como el de más calidad.
(A todos) Como la tarde se avanza
señores creo prudente
que nuestra gallarda gente
pongamos en ordenanza.

(En ademán solemne los tres)

¡Y mañana á combatir!

TUC. ¡A conquistar la victoria!

ANG. ¡A darle á Arauco la gloria
de vencer ó de morir!

(Váñse todos por la derecha)

TELON

CUADRO SEGUNDO

Telón de selva.— En la escena, segundo término derecha un gran árbol.

ESCENA IV

TINIGRA seguida de YANAYA saliendo por la izquierda.

TIN. Pero explicame Yanaya para que pueda entenderlo qué ha motivado los cambios que en tí con asombro veo.

YAN. Ya sabes como mi padre, significado guerrero cuando fué joven, al verse de años y achaques cubierto, más quieta vida aspirando se recogió á sus terrenos bien poco espacio distantes de la infortunada Penco.
* En ese lugar pasaba feliz sus años postreros atento sólo á mis gustos, pendiente de mis deseos.

De araucanos y españoles captóse amor y respeto que si por bueno le amaban le respetaban por viejo. *

Mi juventud venturosa transcurría sin que el pecho afligieran desengaños ni torturaran desvelos.

Más ¡Ay! ¡Qué dicha y constancia jamás amigas se vieron y que á la flor más altiva

mejor la deshoja el viento!

Para desventura nuestra
Lauco, ese indio forastero
que apareció en el estado
según dicen de muy lejos.....

TIN. Sí; se cree que de Itata.
Fingiéndose compañero
bajó con los españoles
hace algún tiempo, más luego.....

Pero prosigue.

YAN. En seguirme
dió con porfiado empeño
delatando en sus maneras
sus mal velados deseos;
más á mi me contrariaba
por su ademán traicionero;
su mirada siempre incierta;
su sombrío y torvo ceño.

TIN. (*aparte*) ¡No te engañabas!

YAN. Muy pronto,
no obstante que yo su encuentro
rehuía y sus palabras,
no sé como dió en el medio
de hallarme sola y con torpes
frases y turbado acento
profunda pasión pintóme.

TIN. ¡Villano!

YAN. Pero á sus ruegos,
* que repulsión me causaban
sin yo misma comprenderlo,
manifesté mi disgusto
y á los impulsos de un miedo
que no sé porque sentía
correr por todo mi cuerpo, *

intenté de allí apartarme,
más él, cambiando en resuelto
el tono dulce y sumiso,
al ver que por ningún medio
pudo ablandarme: «Te juro
— me dijo con ronco acento —
que muy pronto has de ser mía
pese á tu desvío necio ».

Una mirada lanzóme
en que el ódio y el despecho,
á la par se retrataban
y sin más partió ligero.

TIN.

¿Y más no supiste?....

TAN.

Un día

que Lautaro iba corriendo
con su gente estos contornos
á combatirle salieron
de Concepción los de España
su aproximación sabiendo,
y en las tierras de mi padre
trabóse un combate recio. (*pausa corta*)

Yo, como mujer y joven,
medrosa, encerreme dentro
de mi choza, mientras tanto
que mi buen padre, sintiendo
rejuvenecer su sangre
ante el combate soberbio,
miraba sus incidencias
desde un peñascoso cerco.

Yo también, entré las quinchas,
la contienda iba siguiendo
cuando ví que entre unas matas
cercanas, en que al acecho
debió estar, Lauco salía

y en cauteloso silencio
lanzóse sobre mi padre
su mano un puñal blandiendo.

Un grito di, abalancéme
á la puerta, ábrila presto
y abrumados mis sentidos
corrí hacia mi padre á tiempo
que un ginete castellano,
testigo del caso fiero,
desviándose de los suyos
lanzó su alazán soberbio
contra el desalmado Lauco
quien al ver del caballero
la actitud, con presta huida
logró ponerse á cubierto
desapareciendo entre el monte
por intrincado sendero.

Seguirle quiso el ginete,
más viendo vano su intento
volvióse y descabalgando
acercóseme; suspenso
cierto espacio se mantuvo
con respetuoso silencio
ante mí que tristes quejas
de mi padre echada al cuello
entre lágrimas lanzaba
con amargo desconsuelo.

« Joven — al cabo dijo
con firme más dulce acento —
no es bien que el dolor os venza
en ocasión de tal riesgo;
ayudadme y al anciano
sin perder tiempo, dejemos
dentro de su choza mientras

que se decide el encuentro,
que una vez él definido,
si con vida me sustento,
yo os prometo, bella niña,
que en vuestro socorro vengo ».

Yo, viendo del buen soldado
el oportuno consejo,
à levantar à mi padre,
que aun vivía, con tiento
le ayudé y pocos instantes
después quedaba en su lecho.

Repitió el noble soldado
su anterior ofrecimiento
y en su caballo arrogante
lanzóse al campo de nuevo.

TIN. Sí; por mi hermano he sabido
que los soldados iberos
à tu padre moribundo
lograron tras mucho empeño
sanar.

YAN. No tanto, Tinigra,
aun no del todo repuesto
se encuentra; acaso lo impiden
sus años, más es el hecho
que à pesar de mis cuidados
débil se muestra en extremo.

TIN. ¿Y à la Imperial no partistes
antes que fuese al incendio
la Concepción entregada?

YAN. Sí; fuimos allí siguiendo
los soldados que en socorro
de esa ciudad acudieron,
* pues nuestras cuitadas tierras
siempre holladas por guerreros

tranquilidad no ofrecían
á mí pobre padre enfermo. *

Há pocos días volvimos
con otro destacamento
que á unirse con don García
vino.

TIN. Llegaste en mal tiempo
Yanaya, que de la guerra
vuelve á escucharse el estruendo
y se alza otra vez en armas
Arauco indómito y fiero.

YAN. ¡Terrible lucha!

TIN. Y durable
promete ser, que por cierto
son los de Arauco y Castilla
tan altivos como tercos. (*pausa*)

¿De modo que tu amparada
del fuerte estás?

YAN. Y confieso
que aunque guarda el alma mía
por mi patria amor inmenso
y no olvido que en Arauco
vi la luz, lanzar no puedo
de mi memoria que á Hernando
Martín y á sus compañeros
la existencia de mi padre
y acaso mi honor les debo.

TIN. (*con intención*) ¿Y no es más?...

YAN. De tu pregunta

veo el fin y te confieso
que amo á Hernando, sin que sepa
decir si este sentimiento
se debe á la gratitud,
más sé que ocupa en mi pecho

tal lugar, que con la muerte
solo quedará suspenso.

* Y te digo más, Tinigra,
que ante mí se muestra abierto,
debido á las nuevas luces
que iluminan mi cerebro,
por supersticiones vanas
hasta hace poco cubierto,
un horizonte de dichas
que el Dios Solo y Verdadero
de los cristianos, promete
á los que siguen su ejemplo. *

Tinigra, pronto el bautismo
me hará cristiana y espero
cuando tu también conozcas
la excelsitud de ese credo,
que abrazarás sus doctrinas
desechando absurdos yerros. *

TIN.

Yanaya; yo no reprocho
los mudanzas que en tí observo,
que si bien hija y hermana
soy de araucanos guerreros
yo no sé que pertinaces
voces dicenme aqui dentro (*señalando el pecho*)
que solo cuando la patria
la obscuridad sacudiendo
de seculares errores
que sus gigantes esfuerzos
anulan, se abra á la ciencia
del conquistador ibero,
y del adopte los usos
y aproveche de sus medios
podrá ser dichosa y grande
cual merece por sus hechos.

Y entre estas virgenes selvas
que con el mundo nacieron,
y entre el mar y esa montaña
que altiva se alza á los cielos
han de encender sus antorchas
la libertad y el progreso.

(*Rumor dentro, ¿izquier.*) Pero ¿quien se acerca?

ESCENA V

DICHAS y OLMOS que llega por el fondo izquierda seguido de HERNANDO. Saldrán armados de espadas, lanzas y arcabuces.

OLM. (*saliendo y llamando á Hern.*) ¡Hernando!
Llegad pronto.

HER. (*saliendo*) Olmos ¿qué pasa?

OLM. Que no es nuestra suerte escasa;
dos hembras.

HER. (*reparando en Yanaya y acercándose*) ¿Qué estoy
Yanaya ¿Cómo os halláis [mirando? (●)
tan lejos del fuerte amigo?
¿Cómo así dejáis su abrigo?
¿O es que tal vez ignoráis
que su pendón inhumano
levanta otra vez la guerra
y que pasea esta tierra
un ejército araucano?

YAN. Ignoraba tal suceso
que ésta fiel amiga estaba
revelándome y buscaba
distracción.

HER. Pero aun sin eso,
de modo tal distanciarse.....

(*) Tinigra Olmos
Yanaya-Hernando

TIN. (á *Hern.*) Dispensad, señor, que os diga
que solo por mí mi amiga
hubo un tanto de alejarse.

Del fuerte á poca distancia
por suerte nos encontramos
y evocando aquí llegamos
memorias de nuestra infancia.

YAN. Tornar quise á ver mi suelo
Hernando, mi suelo amado
y con Tinigra á mi lado
peligro no ví á mi anhelo,
que aquí cerca se levanta
su choza.

TIN. Y la pronta vuelta
teníamos ya resuelta
cuando llegasteis; no es tanta
la distancia y senda breve
sé bien por donde volver
al fuerte antes de caer
la noche; es asunto leve.

OLM. (*volviéndose con rapidez á la der.*) ¿Qué ruido es

HER. (*lo mismo*) Sí; un ruido | ese?
también sentí entre el bosque.

TIN. Ví que se agitó el ramaje.

OLM. Yo quiero ser precavido;
la causa voy á inquirir
del ruido y del movimiento.

HER. Procederemos con tiento;
yo contigo quiero ir,
que en tierra contraria estamos
y no es bien que descuido haya;
(á *Yanaya*) cortos momentos Yanaya
esperad; pronto tornamos.

OLM. Iré yo sólo, por Dios,

porque creo habrá tal ruido
algún bicho producido;
es muy cerca ¿A qué ir los dos?
(*riendo de pronto*) ¡Ja, ja, ja! Tampoco yo
he de ir ya; ved que lijero (*señalando*)
huye aquel zorro; el grosero
nuestra distracción causó.

TIN. (*con recelo*) ¿Más porqué huye de ese modo?

HER. Debióse de despertar
nuestra charla al escuchar
y he ahí explicado todo.

OLM. (*reflexivo*) Más debemos precaver
cualquier lance y lo más llano
será que de ese altozano
vaya la vista á extender;
pronto la vuelta he de dar
que ya es bien que regresemos
al fuerte; tiempo tendremos
apenas para llegar
antes que la noche venga.

Será la última atalaya
del día. (*Vase por el fondo derecha*).

HER. Bien; y que no haya
nada que mucho os detenga.

(*Timigra que habrá estado pensativa mirando el sitio hacia donde Olmos ha ido, va á detenerse, atisbando, en ese ángulo de la escena*)

ESCENA VI

DICHOS menos Olmos. Hernando deja la lanza apoyada al árbol.

TIN. (*aparte*) A ese Lauco; á ese traidor
por estos sitios rondando

vi esta mañana y temblando
por Yanaya estoy.

YAN. (*A Hernando con dulce reconvención*) ¡Señor
¿qué motivo temerario
os mueve á exponer así
vuestra vida por aquí
donde todo os es contrario?

HER. (*con cariño*) Yanaya mía; el soldado
tiene ante todo que ser
esclavo de su deber
sin ver del peligro el grado.

Y si la gloria ambiciona
su puesto ha de procurar
donde crea ha de allegar
más honor á su persona;
por esto mi camarada
y yo pedimos el cargo
(que puede salir amargo
si se da en una emboscada)
de espiar el movimiento
de los nuevos escuadrones
que forman estas regiones
contra nuestro campamento;
más del todo terminada
nuestra arriesgada misión
y tarde ya, está en razón
volvemos. (*Pausa*) Vos fatigada
debéis estar y es prudente
que por el corto camino
que vuestra amiga convino
en llevaros, brevemente
partáis.

YAN. Marchad descuidado
que al punto á estar me dirijo

con mi buen padre.

HER.

Prolijo

mi afán será hasta que al lado
del anciano no os halléis
calmando así su desvelo ;
que holláis alterado suelo
creo que no olvidaréis.

En ser vuestro acompañante
tendría sumo placer,
más tenemos que volver
por otra senda distante
y en caso tan impreciso
por mi culpa os expusiera
tal vez á que os sucediera
algún grave compromiso.

YAN.

No Hernando ; con este traje
y con Tinigra á mi lado
puedo ajena de cuidado
emprender mi corto viaje.

ESCENA VII

DICHOS y LAUCO que aparece por el fondo derecha, entre
el ramaje sin ser visto de Tinigra. Lleva arco y
alzaba con flechas y cinturón con daga. (●)

LAUCO

¡Juntos los dos ; el infierno
mi pecho de celos llena
y mi cerebro enajena
con el sufrimiento interno !

(*Mirando con impaciencia á la derecha*)

Pero tardan ya..... Y ha sido
mi indicación mui segura ;

(*)

Lauco
Tinigra

Yanaya-Hernando

de importancia es la captura ;
(*Con ira*) ¿Porqué no han acudido ?
atisbemos sin que vea
mi maniobra el compañero
que está en el alcor. ¡Prefiero
la muerte á que suya sea!

(*Desaparece agazapado por donde salió, después
de arrojar una mirada furiosa á Yanaya y Hern.*)

ESCENA VIII DICHOS MENOS LAUCO

(*Yanaya y Hernando que habrán permanecido du-
rante el monólogo de Lauco ensimismados en su
conversación.*)

HER. Sí, Yanaya ; el alborozo
invade mi corazón
al ver cerca nuestra unión.

YAN. Para mí también de gozo
será el venturoso día
en que el redentor bautismo
las puertas del cristianismo
me abra.

HER. (*con cariño*) Y en que seréis mía !
¡Lástima que á nuestro amor
el destino hoy no conceda
más quietud y que no os pueda
repetir mi tierno ardor !
(*Continúan hablando aparte.*)

TINI. (*aparte*) Nada sospechoso miro ;
(*á Yanaya*) bien, Yanaya ; retirémonos
de éste sitio, apresurándonos
a llegar á tu retiro.
(*á Hern.*) Adiós, señor capitán.

HER. El os proteja; (*á Yanaya*) Yanaya:
con vos mi recuerdo vaya.

YANA. (*despidiéndose*) Ya sabéis cual es mi afán.
(*Váuse por la izquierda*)

ESCENA IX

HERNANDO sólo, siguiendo á Yanaya con la vista.

¡Cuán hermosa és y cuán buena!
¡Con que inteligencia entiende
la verdad! ¡Cómo comprende
que en su amor mi alma se llena!
¡Qué porvenir tan hermoso
si mi sueño acariciado
viese un día realizado!
¡Qué futuro tan dichoso!

Los dos en sagrado lazo
unidos; en este suelo
que recuerda con su cielo
de mi patria el fiel regazo.

Al pie de aquestas colinas
que copian las que yo viera
en el suelo en que naciera
cuajadas de olmos y encinas.

Nuestros tiernos pequeñuelos
por las verdes enramadas
jugando con las pintadas
guijas de estos arroyuelos;
siguiendo en inquieto afán
los pajarillos parleros
que con revuelos lijeros
su pretensión burlarán!

(Volviendo á la realidad)

¡Pero la guerra; el deber!
!Dios haga que pronto acabe
tan cruel lucha! ¡El sólo sabe
cuando será!

ESCENA X

DICHO y OLMOS que sale apresurado.

OLM. Hernando, ver
me parece, no muy lejos,
tras de las lomas labradas,
de muchas puntas plateadas
los vacilantes reflejos.

HER. El ejército será
de Caupolicán que avanza;
el regreso sin tardanza
bueno es que emprendamos ya.

OLM. Sin duda; más ver quisiera.....
Y vos también.....

HER. Os advierto
que sabemos que en concierto
los caciques la bandera
levantaron de combate.
Si alguna avanzada ahora.....
(con decisión) No; volvamos sin demora
lo contrario es disparate.

OLM. Bien, vamos.
(Hernando va á coger la lanza que dejó arrimada
al árbol á tiempo que asoma por entre las ramas
del fondo derecha, Lauco. A su debido tiempo,
Tucapel y araucanos).

ESCENA XI

DICHOS, TUCAPEL y Araucanos

LAUC. *(aparte con sonrisa sarcástica)* Los dos cogidos en el lazo están.

(á los que vienen) ¿Qué hacéis?

Llegad pronto.

(aparecen corriendo, pero silenciosamente, Tucapel y varios soldados araucanos que se lanzan sobre Hernando y Olmos).

Ahí los tenéis. *(Lauco permanecerá en el fondo)*

HER. *(viendo los indios)* ¡Por Cristo!

OLM. *(> >)* ¡Somos perdidos!

(Tratan de sacar sus espadas pero los indios no les dan tiempo para ello).

TUC. *(señalando)* A ese árbol, aseguradlos.

(Los indios forcejean con Hernando y Olmos hasta dejarlos atados en el árbol. Tucapel ve la escena á brazos cruzados. Lauco ha salido de entre las ramas y permanece en el fondo izquierda).

HER. *(Forcejeando por desatarse)*

¡Vive Cristo! ¡Así caer sin podernos defender!

TUC. *(A los soldados)* Es suficiente; dejadlos.

(Los indios se retiran á la izquierda. Gran pausa durante la cual Tucapel contempla a sus prisioneros. A Hernando y Olmos con sorna).

TUC. ¡Hola amigos! Como espías

creo no vais á medrar.

¿Cómo os dejáis atrapar tan fácil por nuestros guías?

HER. *(con ira)* ¡Esto más! *(luchando por desasirse)*

TUC. *(con sorna)* No os molestéis

que estáis bien asegurados.

OLM. (*con ira*) ¡Soltadnos!
Tuc. Quedar dañados
es lo que conseguiréis. (*Pausa*)
(*irónico*) ¿Con que os agradan también
nuestras hembras? Pues deploro
no conocer el tesoro
que formaba vuestro Edén.
¿Dónde están?

ESCENA XII

DICHOS, ONGOLMO, á poco CAUPOLICÁN con GRACOLÁN
al lado. A medida que se van diciendo los pri-
meros versos, entrarán en escena COLOCOLO, LIN-
COYA y demás caciques por la derecha.

ONG. (*saliendo*) Con nuestra gente
Caupolicán aquí llega.
Tuc. (*á Her. y Olm.*) Bien; veréis como no niega
premio á vuestro amor ardiente. (*Pausa*)
CAUP. (*saliendo*) ¿Novedades Tucapel?
(*Reparando en Hernando y Olmos*)
Bien empezamos.
Tuc. Tal cual;
empieza por irle mal
al castellano cuartel.
CAUP. (*por los dos*) Buena planta.
Tuc. De bien poco
la planta les ha servido.
HER. (*á Caupolicán, incomodado y con tono arrogante*)
¿Qué miráis? Bien complacido
debéis estar.

(*) Lauco Soldados Caciques
 Hernando-Olmos
 Tucapel Caupolicán

Tuc. *(irónico)* No seáis loco
y' esperad, que el general
pronto os dará la sentencia.
¡Veréis que benevolencia
usa en los dos por igual!

 A ese hermoso árbol átidos
por las aves carniceras
acariciados de veras
seréis.

HER. y OLM. *(aparte)* ¡Dios!

Tuc. Y descuidados
podéis estar, que la fiesta
no ha de durar; la campiña
en cuanto á aves de rapiña
un ejército la infesta.

 Ya véis; la guerra hizo estragos
por aquí y están cebadas;
por eso andan á bandadas,
esperan nuevos halagos.

HER. *(indignado)* Fin tan horrible, de lodo
cubriría vuestro nombre;
sea que se mate á un hombre
más no de inhumano modo.

 Colocad aquí delante,
ahora mismo, cien flecheros
que cubran con sus aceros
nuestros cuerpos y es bastante;
O dejadnos cual soldados
morir, más hidalgo fuera
y dabais de esa manera
mayor brillo á vuestros grados.

 Uno á uno, ó diez, ó ciento,
si queréis yo os desaffo;
vuestro acero con el mío

cruzad ; moriré contento ;
pero la muerte espantosa
que anunciáis, deshonraria
la araucana gerarquia.

COLO. (*aparte*) Dice bien.

HER. Y desastrosa
se haría entonces la guerra,
que encendida en justa saña
nuestra gente á vuestra hazaña
desolaria esta tierra.

TUC. (*riendo*) ¿Con que amenazáis estando
tan menguada vuestra gente ?
¡Por Eponamón potente
que de oirlo estoy gozando !

CAUP. (*á Tucapel*) ¿Cómo fué su prendimiento ?

TUC. Venía yo en la avanzada
que por Lauco fué alcanzada
quien los delató ; al momento
nuestro paso apresuramos
ganosos de su captura
y ocultos por la espesura
cual véis á tiempo llegamos.

OLM. (*que al oír el nombre de Lauco mira á todas partes como buscándole*) ¿Lauco ?

TUC. Sí ; á Lauco debemos
de vuestra presa el honor.

OLM. (*indignado*) ¡Ese Lauco es un traidor !

CAUP. (*á Olmos*). Más ¿por qué tales extremos ?

OLM. (*á Hern.*) Ese Lauco ¿Haces memoria
Hernando ? Lejos no data ;
fué el que cerca del Itata
nos alcanzó y cierta historia,
que no recuerdo, contando
ofreciósenos amigo.

LAU. (*aparte con temor*) ¡Si también será testigo.....

OLM. Y se plegó á nuestro bando;

más desaparecióse el día

aquel que se descubrió

(estaba presente yo)

cierto robo de cuantía.

Ropas, armas y otras prendas

faltaron; más adelante,

cuando Villagrán pujante

plantó una noche sus tiendas

del sur volviendo á Santiago

de nadie allí conocido

y por tanto inadvertido,

se les presentó ese endriago:

y hasta el araucano asiento

(no se porque avieso plan)

LAU. (*aparte con terror*) ¡Seca su lengua Satán!

OLM. Guiarlos juró al momento.

CAUP. y Tuc. (*con ira*) ¿Con que ha sido él?

OLM. Yo presente

no me hallé en tal ocasión,

más toda la relación

me hicieron extensamente.

Villagrán, que no sabía

tener tan cerca á Lautaro,

el campo alzó y al amparo

de la noche allí partía.

Ya se sabe lo demás;

un soldado sospechó

de Lauco, más éste huyó

de los nuestros.

CAUP. (*á Lauco*) Quedarás,

mientras comprobados son

esos cargos, custodiado,

y ¡Ay! ¡Ay de ti, desdichado,
si son verdad!

LAU. *(aparte)* ¡Maldición!
¡Perdido soy! *(Escapa hacia la izquierda, los
soldados y algunos caciques lo siguen).*

CAUP. *(desde los bastidores)* ¡Alcanzadle!
 (alzando la voz á cada verso)

¡Soldados no descanséis
en tanto no le alcancéis!

¡Si se resiste matadle!

*(vuelven al centro del escenario; varios quedan á
la izquierda)*

ESCENA XIII

DICHOS menos LAUCO

GRAC. ¡El és; sí! ¿Si es inocente
porque huye?

COLO. El se delata;
con esa fuga insensata
nos dice que és delincuente.

TUC. Su conducta muy extraña
siempre á mí me ha parecido;
nunca á nosotros se ha unido
para seguir la campaña.

ONG. Repelente es su mirar
y su semblante ceñudo.

CAUP. De sus misterios el nudo
pronto hemos de desatar.
(á Her. y Olm.) Y á vosotros, que habéis sido
los que le habéis descubierto,
sin condición os liberto.

Desatadlos. (*Tuc. y Colo. lo hacen*)

Que cumplido
quede un hidalgo deber.
Bien dijisteis: al guerrero
debe matarlo el acero.
Quiero generoso ser:
Bien de mi grado podéis
á vuestro campo tornar,
más mañana al clarear
devastado le tendréis.

TUC. (*terminando de desatarlos*)
Pues os digo, y soy sincero,
que tal término me es grato;
la vida os dan de barato
hasta el día venidero.

HER. (*Avanzando hacia Caup. quien hace seña de que les
devuelvan sus armas*)

Caupolicán: tal acción
os enaltece y abona
de noble vuestra persona
y de serena razón.

Mi corazón esto admira
pese á nuestra enemistad;
os lo asegura en verdad
Hernando Martín de Elvira;
y si la guerra no abriera
entre los dos un abismo
desde este momento mismo
mi amistad os ofreciera.

CAUP. Vuestras palabras estimo
que sinceras me parecen;
éllas mi aprecio merecen.

TUC. (*aparte*) ¡Con enemigos tal mimo!

HER. Adiós pues. (*Aparte*) ¡Y que mañana

me toque matarle acaso
ó él á mí!

CAUP. (*á los que están á la izquierda*) Dejadles paso (*lo*
HER. (*haciendo mutis con Olmos*) *hacen*)
¡Obligación inhumana!

ESCENA XIV

DICHOS menos HERNANDO y OLMOS

CAUP. (*á los caciques*) Señores; quiero arengar
en esta última jornada
á esa fiel y denodada
gente; hacedlos avanzar.
(*Los caciques van haciendo mutis por la derecha
mientras Caup. se coloca en el centro izquierda*)
TUC. (*entrando*) ¡Qué avancen los escuadrones!
ONG. () ¡Adelante! El general
quiere hablaros; por igual
venid á oír sus razones.

ESCENA XV

(*Caupolicán queda solo á la izquierda centro de escena. Desde que entra Tucapel se siente el ruido de soldados en marcha; á las últimas palabras de Ongol aparecen en hileras de 12 ó 14, á ser posible, los soldados araucanos en filas alternadas de flecheros, maceros y piqueros simulando continuar adentro. Antes habrán aparecido y rodeado á Caupolicán los caciques pero de modo que Caupolicán se destaque. Este cuadro queda á la inteligencia del director de escena*).

CAUP. (*Levantando la mano en señal de que se detengan*)
Araucanos: La patria os demanda

que en legítima ofrenda de amor
nuevamente á su sien veneranda
le ciñáis el laurel triunfador.

Otra vez extranjeros pendones
no distantes miramos flamear
y soldados de extrañas naciones
nuestros campos intentan hollar.

Otra vez, despreciando insensatos
del castigo la dura lección,
manifiestan guerreros conatos
alardeando un inútil tesón.

Del indómito Arauco á las puertas
los congrega un destino fatal
que á nosotros al par trae ciertas
las delicias del triunfo final.

¿Qué os dará que su campo cercado
por granítico muro encontréis?

¿Qué os importa el bastión almenado
ni el cañón detonante que halléis?

Vuestros pechos, más duros y fuertes
que esas piedras que junta el temor,
arrasaron, causando mil muertes,
fortalezas guardadas mejor.

En el triunfo, que siempre sumiso
nos siguiera, otra vez confiad ;
la fortuna de Arauco lo quiso ;
la victoria que espera alcanzad,
y la herencia de gloria aumentemos
que fiaran á nuestro deber
nuestros padres, que en trances supremos
con su esfuerzo supieron vencer.

Siempre libre esta patria querida
mantengamos de vil opresión ;
nunca sea de esclavos guarida :

nunca mire un extraño pendón.
¡Adelante! y que nítida y pura
de los Andes se muestre hasta el mar
difundiendo su luz en la altura
de la patria la estrella sin par!

(Caupolicán y Gracolán se vuelven y avanzan hacia la izquierda seguidos de los soldados que prorrumpiendo en exclamaciones siguen la marcha. Tucapel y demás caciques alineados al fondo. El telón debe empezar á bajar desde el último verso, cayendo del todo al desaparecer Caupolicán de escena).

TELÓN

NOTA.—Si se dispusiera de instrumentos suaves como violines, flautas, etc., deben éstos (colocados entre bastidores) atacar *pianísimo*, desde que empieza la arenga, la Canción Nacional (sin introducción) la cual debe durar hasta la caída del telón. Debe cuidarse que las notas del himno se oigan en la sala tan imperceptiblemente que el público se haga, a ser posible, la ilusión de que de las solas palabras de Caupolicán se van desprendiendo.



ACTO SEGUNDO

Escenario á todo foro. El fuerte de Penco que debe ocupar casi la mitad del escenario, á la izquierda, desde la segunda caja y simulando continuar hacia adentro. Poterna en el frente que da hacia la escena. El fuerte debe terminar en el fondo y ser practicable aquel lado.

Fondo de colinas arboledas y á ser posible también en la escena pequeños arbustos. *Es de noche.*

ESCENA PRIMERA

ERCILLA y HERNANDO en la escena, a la derecha

ERC. El relato que os escucho
confirma lo que he sabido
y por lo que os he oído
veo que en ello estáis ducho.
A España llegó la fama
del araucano denuedo.

HER. Cuanto dijera concedo;
con razón se les aclama.
Buen sitio van á encontrar
vuestras guerreras primicias
que aunque bárbaras milicias
las de aquí son de apreciar.

ERC. Por eso enderecé á Chile
mi rumbo con complacencia;
el soldado en la esperiencia
es bien que su acero afile.

Tales proezas oi
de las araucanas gentes
á personas diferentes
que copiarlas decidi,
y todo ocioso momento
que acaso puedo lograr
lo utilizo en anotar
hechos de tal valimento.

HER. Pues con la propia experiencia
podéis ahora escribir
y creo váis á adquirir
copia de gran transcendencia.
Por esas tierras que son
el corazón de la Europa
nuestra incontrastable tropa
he yo visto, cual turbión,
arrasar cuanto delante
de ella colocarse osaba
y con su empuje lograba
triunfo tras triunfo brillante:
* como ante acerado ariete
miré á sus arremetidas
las escuadras más lucidas
abrirse en ancho boquete. *
Más lo que es en esta tierra
don Alonso es increíble
á no verlo y es terrible
cómo hay que llevar la guerra.
Por uno que el combate
cae, diez llenan su puesto;
¿Se cansa una escuadra? Esto
sirve á otra de acicate.
De pasta fragil es hecha
contra la araucana lanza

nuestra armadura, que alcanza
su hierro sangrienta brecha,
y muchas fuertes celadas
he visto hundirse en los sesos
y quebrantar muchos huesos
con sus mazas barreadas.
Así, don Alonso, os digo
que lo que váis á saber
ha de seros de valer
pues de ello seréis testigo
y por mi parte os deseo
no más, que Dios os conserve
con bien para ello y preserve
en tan riesgoso ajetreo.

ERC. Quiéralo así, lo demás
queda á la pluma y la espada;
en la porfía empeñada
no pienso quedarme atrás.

ESCENA II

DICHOS y DON GARCÍA que sale del fuerte mirando
hacia él.

D. GAR. (*aparte*) Ninguna omisión se advierte;
todo queda prevenido
y ningún punto en descuido
se nota dentro del fuerte.
(*Reparando en Ercilla y Hernando.*)
¡Hola don Alonso! ¡Hernando!
me place que os encontréis
juntos.

HER. Aquí nos tenéis
del buen aire disfrutando.

D. GAR. ¿Los centinelas?

HER. (*señalando derecha*) De aquí podéis los dos columbrar que en aquel cerro han de estar toda la noche.

D. GAR. (*mirando*) Sí, sí; de aquí se miran muy bien sobre las peñas escuetas, de la cima sus siluetas.

ERC. Les he dicho que allí estén pues casi seguramente será por aquella parte donde amagará el baluarte la insurreccionada gente.

D. GAR. (*A Hernando*) Por cierto que me ha servido vuestra aventura de hoy grandemente pues estoy por ella bien prevenido.

ERC. Y por Dios que es de admirar la acción del toqui soberbio; que une la nobleza al nervio nos acaba de mostrar.

D. GAR. * Más ese Lauco ¿Qué intenta con sus diabólicas mañas? ¿A qué vendrán sus extrañas acciones?

HER. No se da cuenta de ello nadie, más lo cierto, como hemos podido ver, es que ese maldito ser, con propósito encubierto, á españoles y araucanos hace un día y otro día víctimas de su falsía

y sus instintos villanos.

ERC. Con el tiempo se hará acaso
sobre estos misterios luz.

HER. Eso si antes mi arcabuz
no logra salirle al paso. *

D. GAR. Pues os cité aquí, señores,
como lugar más seguro
que el que está dentro del muro,
para tratar sin temores
la más eficaz manera
de con ventaja parar,
sin mucho sacrificar,
el golpe que nos espera.

Quiero vuestro parecer
que no en vano como duchos
se os califica entre muchos
y como hombres de valer.

(Inclinación de Ercilla y Hernando)

Por eso de que seáis
mis segundos en el mando
me congratulo y deseando
estoy de ver qué juzgáis.
Dudando estoy si salir
à esperar en campo abierto
al enemigo, que cierto
sabemos ha de venir,
ó si del fuerte amparados
resistir sus embestidas.
¿Por cual de estas dos medidas
abogáis?

ERC. ¿Tenéis echados
vuestros cálculos con tiento
Don García?

D. GAR. Y con exceso,

más quedé en la duda preso
hasta este mismo momento;
yo vuestras luces invoco.

ERC. Si encerrados nos hallamos
opino que mejor vamos
que es arriesgado y no poco
sin caballos exponer
nuestra tan escasa gente
en el campo, hidalgamente
más sin fruto, á perecer.
Los escuadrones que rije
el sagaz Caupolicán
como nosotros no están;
a ellos no les aflige
dé trabajos extremados
la fatiga abrumadora
que padecemos.

HER. Y es hora
la actual de grandes cuidados.

ERC. No es posible así esperar
al ejército nutrido
que muy pronto decidido
nos va el triunfo á disputar:
el fuerte es nuestra esperanza;
tan sólo en él con alguna
ventaja, nuestra fortuna
podremos ver dónde alcanza.

HER. Y Dios en el trance fiero
nos acorra y no nos deje.

D. GAR. Que El la mirada no aleje
de sus campeones espero.

ERC. Así lo haga.

D. GAR. Y con cautela
debemos estar señores.

ERC. Como cumple á previsores;
toda la noche de vela.

D. GAR. Adentro pues, y que no haya
sitio que no esté seguro
desde el pie mismo del muro
á la eminente atalaya. (*Entran en el fuerte*).

ESCENA III

DoÑA MENCIA y YANAYA que salen por delante del fuerte; doña Mencía, no obstante su traje femenino, debe traer cierto arreo militar.

MEN. Sí; ven Yanaya, y al fulgor sereno
de las estrellas que á pensar invita
y aspirando el fresco aire, puro y lleno
de aromas que la selva que dormita
derrama en torno, deja que tu seno
al mio fíe su amorosa cuita,
que el pecho que rebosa amante anhelo
tiene en la confidencia su consuelo.
Tu amor á Hernando sospeché.

YAN. ¡Ah, señora!

MEN. Y sé también que su pasión es tanta
que un siglo le parece cada hora
que retarda su dicha y se agiganta
día á día el cariño que atesora,
cual prenda delicada noble y santa,
su alma tan valiente como bella
que encendistes con nítida centella.

YAN. (*Con timidez y anhelo*) ¿El os lo ha dicho?

MEN. Sí; y al referirme
la amorosa pasión que arde en su pecho,
como éste hidalga, romancesca y firme,

su garganta á la voz paso era estrecho que acongojado y tímido, al decirme la herida que en su espíritu se ha hecho, turbado y balbuciente como un niño no acertaba á expresarme su cariño. ¿Será tu amor igual?

YAN. (*Con ingénuo arrebató*) ¡Qué si le amo! ¿Véis la tórtola humilde en la pradera cuán solícita acude á su reclamo? ¿La débil nubecilla véis ligera escalar de la sierra el alto tramo para subir al sol? Pues así entera va mi alma hacia Hernando constreñida por la dulce afección que en ella anida. Le amé desde el momento en que á mi padre por vil traidor herido prestó amparo, ¡pobre anciano que fué como mi madre, desde que ella murió, mi guía y faro!

MEN. Dios haga que ese amor, Yanaya, encuadre á un pronto porvenir en dichas caro que vuestro hermoso corazón merece la ingénua y casta suerte que apetece.

YAN. Así señora Dios de vuestro labio escuche el voto que leal formula y aparte de mi pecho el triste agravio que la ventura con su soplo anula. Del consejo y dictámen cauto y sabio que con vuestra palabra se vincula mucho consuelo espero y mucho aliento para la acerba pena que sustento.

MEN. ¿Pena?

YAN. Sí; pues se mezcla á la dulzura del afecto que á Hernando me encamina, cual pócima de duelo y de amargura,

la guerra que el peligro en torno hacina
del objeto querido, en su locura
funesta de dolor, de muerte y ruina
y el mirar á mi patria tan amada
por la feroz contienda ensangrentada.

MEN. Inmenso mal, Yanaya, más preciso;
acaso Dios con su potente mano,
por enseñanza y por castigo, quiso
herir con este azote al hombre insano,
y aplica tal cauterio al insumiso
mundo cual docto y hábil cirujano
purificando así de los mortales
otros más graves y profundos males.

Fuertes imperios que en orgullo necio
viéndose prepotentes se engrieron
mirando al mundo todo con desprecio,
al que también sus leyes impusieron,
de la guerra cruel al golpe recio
despedazada su grandeza vieron
y sus vicios nefandos, en un día
convertidos en sangre y agonía.

Tal la soberbia Roma que potente
cien naciones debajo de su diestra
regía y más atrás la goda gente,
primero de civismo bella muestra
después por sus licencias delincuente,
víctimas son de ceguedad siniestra
y por bárbaros pueblos combatidas
fueron en ruina y polvo confundidas.

Pero luego el buen Dios; el sólo fuerte,
que á nuestras culpas se demuestra airado,
el reparo del daño sabio advierte
y aplacando el castigo y el enfado
tanta desolación en bien convierte

para su pueblo infiel y descarriado
y á Roma de su símbolo hace cuna
y humilla la altanera media luna.
* Tal pasa ya en América; modelo
de las naciones que Colón nos diera
fué la opulenta Méjico, más ¡cielo!
horrores tales nunca el mundo viera
como los que hasta há poco vió ese suelo:
miles de seres en su saña fiera
los *teocalis* sangrientos día á día,
sacrificaban con tenaz porfia.

De la misma columna que corona
las lúgubres pirámides, santuarios
á la vez de sus dioses, desmorona
sus coágulos la sangre á los herbarios
que festonan sus bases; se amontona
uno tras otro fúnebres osarios
y turban los serenos elementos
de las víctimas tristes los acentos.

Más como tempestad aterradora
que purifica al tiempo que maltrata
avanza la legión que á Cristo implora
cual pudiera arrollante catarata
y plantando la insignia redentora
concluye la catástrofe insenta
y el fatricidio inicuo y continuado
húndese para siempre en el pasado. *

(Pausa corta)

Tras la lucha, estas tierras libertadas
de la superstición y el fanatismo;
las bárbaras costumbres olvidadas
y la ciega ignorancia en el abismo,
sucederá al fulgor de las espadas
la bienhechora luz del cristianismo

que alumbrará radiante de naciones
prósperas y viriles los pendones.

YAN. ¡Ay, señora! ¡Qué dones tan preciados
se logren de tal modo es harto triste!

MEN. Más El que es dueño de regir los hados
sabe que en tal remedio el bien consiste.
Sólo hiriendo á la tierra sus guardados
tesoros da al audaz que los conquiste,
y la tosca semilla destruida
renace exuberante en pompa y vida.

Más vamos ya; la cruz del sur confina
sus fulgentes luceros al ocaso;
tiempo es de que descanséis; vé; reclina
tu cabeza y reposa.

YAN. Tardo paso
trae para mí el sosiego; tal espina
tiene mi alma alterada, el cuerpo laso,
y temiendo imprevista acometida
el sueño en mis potencias no se anida.

Pronto quizá del rudo chivateo
se sienta la atronante vocería.

MEN. (*Con recelo*). ¿Qué sabes tú?

YAN. Que á su funesto empleo
prontas están las armas; este día
supe de los de Arauco el ajeteo
y.....

MEN. Vamos, ten la loca fantasía
y busquemos el lecho, que ya el sueño
también pone en mis párpados empeño.
(*Dirigiéndose las dos al fuerte*).

YAN. (*Desde la puerta*). Doña Mencia. A Dios.

MEN. Que El te depare
una noche feliz.

YAN. (*Entrando*). Con vos lo haga.

MEN. *(Mirando hacia donde acaba de desaparecer Yanaya).* ¡Pobre niña! la suerte no acibare la dicha de ese bien que tu alma halaga. ¡Si supiera que acaso antes que aclarar.....! Sospechoso recelo en su alma vaga..... ¡Vaya, cerremos pronto la poterna que he de cambiar la guardia con Juan Serna. *(Entra en el fuerte y asegura por dentro la puerta. Empieza á amanecer. La escena desde este momento debe ir iluminándose gradualmente hasta el fin del acto).*

ESCENA IV

LAUCO que sale por el fondo derecha mirando con recelo á todos lados.

LAU. Nadie; no parece sino que esas piedras en el campamento que guardan y cercan nada contuviesen; sólo hasta aquí llega rumor apagado de activa faena que bien claro indica que en la fortaleza se previenen y aprontan las armas combatiendo del sueño la inercia. *(Pausa).* ¡Cómo la fatiga mis miembros enerva!
Quebradas i cerros en loca carrera trasasé en mi fuga; gracias á mis flechas,

que bien dirigidas
lograron certeras
dejar á dos hombres,
—los dos que más cerca
seguían mis pasos—
tendidos por tierra,
de muerte segura
salvé mi existencia,
y con el sigilo
que la noche presta,
burlando el cuidado
de los centinelas,
hasta aquí he venido
en pos de sus huellas;
* que aunque sé que también el peligro
al redor de estos muros me acecha
el volcán que mi pecho calcina
me impele con fuerza tenaz hacia ella.
Yo de los hispanos burléme con creces
y de los de Arauco
con fácil manera
gané la confianza
que ya por mi estrella
en ódio trocóse.
¡Qué trague la tierra
á ese Olmos maldito
que me descubriera!
¿Qué me importa de unos ni de otros el bando?
mientras son juguetes de estúpida guerra
yo tan sólo ansio lograr mis anhelos
con la astucia y de grado ó por fuerza. (*Pausa*).
Conocí á Guacolda y amé sus hechizos
más nunca á mis ansias la pude hallar tierna
porque de Lautaro la ofuscó la gloria

ó tal vez más que eso su joven presencia.

(Pausa).

(Con satánica satisfacción).

¡Ah! De los desdenes que me diera altiva
cobréme con creces. ¡Bien vengué la ofensa!
Que la noche que más descuidados
allá, en Mataquito, de amor eran presa
mostré a los de España camino inusado
por donde cayendo con súbita fuerza
hicieron pedazos
la idílica escena!
Y yo fui; yo mismo
quien..... (transición de terror).

¡Mi ser se altera
cuando lo recuerdo!
¡Dos sombras siniestras
me miran airadas!
¡Mi sangre se hielal.....
(Como sacudiéndose una idea).

¡Bah! ¿Quién hace caso?
¡Mentidas visiones! ¡Absurdas quimeras!

(Pausa)

Conocí á Yanaya
y encendióse ante ella,
más fuerte si cabe
que la que sintiera
por aquella imposible Guacolda,
pasión gigantesca.
¿Qué tendrá mi rostro
que también por ésta
sentí el latigazo
que el desdén me diera?
* Fué sorda á mis ruegos,
burló mil maneras

que hallé para hablarla,
y cuando más cerca
la creía tener de mis brazos,
la jornada aquella
en que ciegos de Arauco y de España
los guerreros trabaron pelea,
el maldito Hernando
me quitó mi presa,*
y yo no sé cómo, soldado enemigo
logró lo que nunca mi afán conseguiera.

¡Más, por lo más hondo que el averno oculta
juro que no logran la dicha que anhelan!
(*Con ira reconcentrada*). ¡La ocasión tan sólo
me falta! ¡Qué venga! (*Sarcástico*).
Y una vez de él libre ya verá Yanaya
de qué le ha valido mostrármeme terca.

(*Se siente á la izquierda de Lauco el graznido prolongado
de una ave. Lauco sufre un estremecimiento de terror y
queda como anonadado por el miedo. Pausa.*)

¡Otra vez el tricauco maldito
su grito nefando lanzó á mi siniestra!
¡El miedo detiene
la sangre en mis venas
que dos veces ayer el graznido
del ave agorera,
penetrante, agudo,
escuché á mi izquierda!

(*Mirando á lo alto como siguiendo al pájaro con la visto y
alzando los puños como amenazándole, en actitud de des-
ordenada agitación.*)

¡Pájaro nefasto que anuncias desdichas
con tu canto infame; que maldito seas!

(*Desaparece atropelladamente por donde vino.*)

*La escena queda sola un momento. A poco entran con preci-
pitación dos centinelas españoles. La luz del día se pro-
nuncia más y más.*

ESCENA V

CENTINELAS 1.º y 2.º

CENTINELA 1.º golpeando en la puerta con el regatón
de la lanza

CEN. 1.º ¡Abrid pronto!

VOZ. (*dentro*) ¿Quién lo quiere?

CEN. 2.º Son amigos.

VOZ. Santo y seña.

CEN. 1.º Arauco ó muerte.

VOZ. Esperaos.

¿Qué cargo?

CEN. 1.º Dos centinelas.

ESCENA VI

DICHOS y DON GARCÍA

D. GAR. ¡Hola amigos! ¿qué así os trae
tan agitados?

CEN. 1.º Que cerca
del puesto que ambos guardábamos,
del valle, entre las tinieblas
ya no densas, percibimos
una extensa mancha negra
que se movía y distintas,
acompasadas y recias
hirieron nuestros oídos
como de gente de guerra
en gran copia las pisadas
cercanas ya; de carrera
la alarma hemos venido
à dar.

D. GAR. Eso es que ya llega
Caupolicán con su gente.
(*Alzando la voz, hacia el fuerte*)
¡Amigos! ¡Arriba! ¡Alerta
y cada cual á su puesto!
¡Que se ocupen las troneras!
¡Los cañones prevenidos!
¡Listos para la defensa!
(*Entra en el fuerte seguido de los centinelas*).

Desde el principio de estos últimos versos se ven aparecer por distintos sitios, en el interior del fuerte y subir á la muralla, soldados que ocupan sus puestos previniendo á la vez sus armas. Gran movimiento.

ESCENA VII

DON GARCÍA, ERCILLA, HERNANDO, OLMOS, DOMÍNGUEZ,
ARNAEZ y soldados que ocupan la muralla.

SOL. 1.º Gracias que amanece ya.

SOL. 2.º Pues este día que empieza
para muchos harto breve
va á ser.

SOL. 1.º Más si aconteciera
prefiero morir mirando
la luz del sol; la pelea
es más noble ante la luz
que en la sombra traicionera.

D. GAR. (*que durante estos versos ha subido á la alto del muro*). Valerosos soldados en que puestas
el mundo todo tiene sus miradas;
á los que ha diputado el Ser Supremo
para extender sus leyes sacrosantas.
Bizarros paladines en que archivan
el valor y las glorias sus preciadas

dádivas; hoy os brinda la fortuna
nuevas coronas de laurel y palmas.

Bien cerca tenéis ya de los de Arauco
la furibunda, insólita amenaza;
sus escuadrones, prontos al combate,
según nuestros vigias, cerca se hallan.
Y me place que sean estas gentes,
indómitas, altivas y arrojadas,
las que pongan á prueba nuestros pechos
do se alberga el valor y la constancia.

Porque ¿qué gloria el enemigo débil
deja á su vencedor? La que es preciada
es aquella que alcanza el sacrificio,
más grande cuanto más cuesta lograrla.

Muchos son y valientes los que vienen;
nuestro número escaso, y si ventaja
en cierto modo hallamos én las bocas
de fuego que coronan la muralla,
húmeda aún por la reciente hechura,
y en nuestros arcabuces, es de tanta
magnitud el valor del enemigo
que más bien fío en nuestras almas bravas
y en la fe que tenéis en vuestra empresa
que es la empresa que Dios os confiara.
¡Animo pues, y sin cejar, cual siempre,
otro laurel segad para la patria
ó digna tumba á nuestros cuerpos sea
y epitafio inmortal esta muralla.

SOLDS. ¡Viva!.....

OTROS. ¡Viva!.....

UN SOL. (*señalando*) Ya aparecen
de ese monte por la falda
los enemigos.

OTRO. ¡Sí!

ARN. Debe ser el que los manda;
ese joven que delante
de ellos confiado marcha
con la mirada serena
y arqueando una gruesa lanza.

SOL. Ya se extienden por el llano.

OLM. De aquí bien les alcanzarán
las balas de los cañones.

D. GAR. Aún no; un poco de calma
que cuando estén más cercanos,
si cual creo nos atacan
en cerrados escuadrones,
será más aprovechada
la andanada que les demos,
y antes de que se rehagan
de la primera impresión
haced nutridas descargas
con los arcabuces mientras
las piezas de nuevo lanzan
sus proyectiles.

OLM. Así
sólo podremos á raya
tenerlos.

HER. Y Dios no quiera
que á pesar de esto, en su rabia,
pretendan el escalar
con sus picas la muralla.

ERC. Más ¿se atreverán á tanto?

HER. Cuidemos de las espadas
porque es posible y entonces
si sería grande hazaña
el podernos librar de ellos;
más callad; veo que.....

UN SOL. *(cubriéndose con su escudo)* ¡Guarda!.....

(Momento de pausa durante el cual todos se cubren con sus escudos).

OTRO. Gracias que quedaron cortas todas ellas.

OLM. (señalando) Dos clavadas quedaron en aquel árbol.

DOM. (señalando) Pues esa dió en la muralla.

ERC. Poco cálculo tuvieron con las flechas.

DOM. La distancia para tales proyectiles resulta un poco lejana.

SOL. (con gran alarma) ¡Era para distraernos!
¡Mirad! mirad á esta banda todos esos escuadrones que hacia el fuerte se abalanzan.

D. GAR. ¡Listos los cañones! ¡Fuego!

OLM. ¡Cierra!

ERC. ¡Santiago y España!

Se siente el estampido de los cañones seguido de las descargas de arcabuces. Gran movimiento de los soldados. A poco aparecen, por la derecha, corriendo, Gracolán y Tucapel, quienes se abalanzan á la muralla seguidos de sus piqueros y maceros. Todo esto en medio de estruendosa gritaría, la cual, á ser posible, debe dejarse percibir estos últimos gritos aislados.

UN SOL. ¡Que suben por este lado!

OTRO. ¡A mí!

OTRO. ¡Jesús!

OTRO. ¡Dios me valga!

TELON RAPIDO



ACTO TERCERO

PRIMER GUADRO

Igual decoración que el anterior. Lanzas, flechas y demás elementos militares de los indios, esparcidos por el suelo. *Noche un tanto clara.*

ESCENA PRIMERA

DÓN ALONSO DE ERCILIA al lado del fuerte, semiapoyado en la lanza, la que rodeará con su brazo, izquierdo, en cuya mano se ve un manuscrito, en la derecha una delgada barra de plomo.

ÉRC.: *(en actitud reflexiva mirando al campo de batalla)*

¡No exageraban, no; jamás mis ojos
tan pertinaz obstinación miraron
cual la de los que ahora son despojos
de la muerte gloriosa que buscaron.
Son tífanos laureles los abrojos
entre los cuales su hálito exhalaron
y espléndido dosel el firmamento
del túmulo que alzara su ardimento!

Cobra nuevo vigor el entusiasmo
que sentí al escuchar hazañas tales
por narrar lo que sé que ha de ser pasmo
y ejemplo de valor á los mortales.
¡Fuera! ¡Fuera, letárgico marasmo!
Tales hechos merecen sus anales.
¡Pues por mí los tendrán: sólo la muerte
bastaría á dejar mi pluma inerte.

A golpes de martillo he fabricado
del plomo de una bala aqueste estilo
para formar el borrador preciado
en que la laboriosa rima enfilo;
y en el tiempo apacible y sosegado
de las calladas horas que vigilo
han de auxiliarme las amigas musas
que en la quietud demuéstranse profusas.

¡Iluminad mi mente, ninfas bellas
que revoláis en vagarosa tropa
circundando mi sien con las centellas
que se desprenden de vuestra áurea ropa!
Brindad al que persigue vuestras huellas
de la sagrada inspiración la copa
y de mi númen surgirá lozana
con estro sonoro «La Araucana»

Acerca el estilo al manuscrito para escribir á tiempo que se oye dentro, á la derecha, la voz de Tegualda que se lamenta.

TEG. (dentro) ¡Ay!

ERC. (escuchando) Más ¿qué es ese rumor
que llega hasta mis oídos? (pausa)
¿si será que mis sentidos?.....

TEG. (más cerca) ¡Ay!

ERC. (acercándose) No; parece un clamor.
Y más cercano parece
que sentí ese triste acento.

TEG. ¡Ay!

ERC. (avanzando más) No perdamos momento:
veamos lo que acontece.

Deja la lanza apoyada contra la muralla del fuerte; saca la espada y se dirige de nuevo hacia la derecha, deteniéndose de pronto en el último término.

(deteniéndose) ¡Gran Dios! es un bulto negro
que entre los muertos discurre.

La mi paciencia se aburre
que del lance no me alegro.

Los muertos, muertos quedaron
todos ellos, á fe mía;
yo fui de la compañía
de los que lo comprobaron. (*Pausa*).
¿Y esa forma humana? ¿A ver?
Pues ahora se levanta
y á mi encuentro se adelanta.
¿Qué podrá todo ello ser?
(*Disponiéndose á acometer*)
¡Alto! ¿Quién soís?

ESCENA II

DICHO y TEGUALDA

- TEG. (*saliendo*) ¡Permitidme
señor! ¡No me déis la muerte!
- ERC. (*aparte conteniéndose*) En el acento se advierte
que es una mujer.....
- TEG. Y oidme,
si, como creo, os preciáis
de cristiano y caballero,
algo que deciros quiero
y que os suplico me oigáis
si antes de pena no muero.
Yo soy Tegualda, señor,
hija de Brancol, mimada
por la suerte que hoy tornada
su más sañudo rigor
me hace sentir despiadada.
- ERC. Señora; bástame oiros
basta que seáis mujer.

para que sin más saber
me ofrezca para serviros
y guía y amigo ser.

Esos suspiros que indican
una cruenta amargura
y esa voz que me asegura
pesares que no se explican,
hijos de la desventura,
me obligan en vuestro amparo
y enjugaré, si á ello atino,
las lágrimas que adivino
surcan vuestro rostro.

TEG.

Claro

se ve, señor, que soís fino;
y pues encuentra mi pena
en vos simpático acento
sabed que mi sólo intento
es buscar en esa arena
un ser que ha sido mi aliento.

ERC.

¿Esposo acaso?

TEG.

Sí; esposo.

El esposo más amado
que hayáis jamás alcanzado
y por leal y animoso
de todos muy celebrado.
(*lamentándose*) ¡Ah, Crepino! ¡Que inhumano
el hado fué con los dos!
¿Por qué de la dicha en pos
ha de marchar tan cercano
el mal? ¿Por qué; excelso Dios?

ERC.

Señora; calmad el llanto,
que si bien vuestra aflicción
tiene sobrada razón
bueno es que la temple un tanto

la dulce resignación.
Para todo mortal es
lugar de llanto la vida
y la ilusión más querida
torna impensado revés
en copa de hiel henchida.

TEG. ¡Ay señor! ¡Qué un mes apenas
há que entregué mi albedrío
á aquel que fué todo mío;
¡Cómo no sentir mis venas
surcadas de amargo río!
¡Cómo parar en mis ojos
de lágrima tanta y tanta
el raudal que á mi garganta
se agolpo, si esos despojos,
para mí reliquia santa,
fueron en vida animados
por un alma tan amante
que juzgo es hasta infamante
el soportar de los hados
tal ultraje y que bastante
no sea mi ánimo inerte
para por mi mano darme
la que tarda en alcanzarme,
bienhechora, ansiada muerte
que á mi esposo ha de juntarme!

ERC. Tan insano proceder,
señora, nada repara
y en él tan sólo se ampara
quien no se atreve á vencer
á la suerte cara á cara.

Siempre, ilusos, anhelamos
como eterna la ventura
y ante el cáliz de amargura

cobardes, nos encontramos
llenos de mortal pavora.

Tan sólo aquel que no abdica
su razón ante el placer
triunfante se puede ver
cuando el destino le aplica
su parte de padecer.

Que ante la adversa fortuna
mientras inclina la frente
encuentra en su alma doliente
una fuerza que á él se aduna
vigorizando su mente:
y al mirar que la belleza,
la pompa, el orgullo insano,
vienen á ser humo vano
y hojarasca la grandeza
y el oro adusto tirano,
á más altos intereses
gira sus predilecciones
buscando más fieles dones
do no sufra los reveses
de la suerte ó las pasiones.

Y hunde su alma en los portentos
con que Dios su obra ha vestido,
y se mira prevenido
de altos y nuevos alientos
y no siente haber nacido,
pues halla en la creación
de belleza tales fuentes
que en purísimos torrentes
invaden su corazón
los goces más eminentes.
¿Quién, señora, no ha sentido
con lacerante rigor

el aguijón punzador
que lleva todo nacido
como herencia de dolor?

Como vos, por nuestros muertos
¡Cuánta esposa llorará!
¡Cuánta madre gemirá
por su hijo!

TEG. Sí; son bien ciertos
vuestros argumentos; ya
por ellos voy entendiendo
lo que mi pasado bien
no me dejó ver.

ERC. Sí; ¿quién
no irá en su vida sufriendo
los pesares cien y cien?

TEG. Creyendo sólo aquí hallar
enemigos yo venía,
para calmar mi agonía
un tanto, á ver si llevar
entre las sombras podía
de mi Crepino adorado
el cuerpo y darle reposo
al pie de un sauce frondoso
de bellas flores cercado
que vió nuestro amor dichoso.

ERC. Pues bien señora; yo mismo
iré con vos á buscarle.

TEG. Sí; sí; que aunque al encontrarle
de mi duelo el rigorismo
se ha de aumentar con mirarle,
en quien tan franco se ofrece
como vos, algún consuelo
he de encontrar para el duelo
en que mi alma desfallece.

ERC. Es mi deber y mi anhelo.
Esperad; voy á llamar
gente en nuestra ayuda.
(*golpeando la poterna con la lanza*) Abrid.

VOZ (*dentro*) ¿Quién?

ERC. Ercilla.

VOZ Permitid

don Alonso que á bajar
á abriros voy.

TEG. (*á Ercilla*) Más decid.....

ERC. Señora no hayáis cuidado
de ningún avieso intento
(*A un soldado que aparece en la poterna*)

Que con cuatro hachas de viento
vengan Manrique, Mellado

y Plá y Rendón al momento,

y con unas parihuelas

vengan á la vez también

cuatro amigos del retén:

(*entra el soldado*)

no olvidéis dos centinelas

que á mi puesto guardia den.

(*á Tegualda*) Señora, vuestro marido

va á seros pronto entregado.

TEG. ¡Ah! Deciros no me es dado

cuánto mi pecho afligido

os va á quedar obligado!

ESCENA III

DICHOS, ARNÁEZ y DÓMINGUEZ que aparecen por detrás
del fuerte seguidos de cuatro soldados con antor-
chas y cuatro indios con una especie de camilla.

ERC. Una obra de caridad
vamos á hacer cual cristianos,

cariñosos nuestras manos
tendiendo y esa bondad
prenda de pechos hispanos,
à la entristecida viuda
que el cadáver de su esposo
pide con ruego anheloso.
Vamos pues à darle ayuda.

TEG. (*aparte*) ¡Cuán noble es y generoso!
Vánse todos, menos Arnáez y Domínguez, por la derecha.

ESCENA IV

ARNÁEZ y DOMÍNGUEZ

ARN. ¡Buena semana llevamos
Domínguez!

DOM. ¡Buena semana!
Ni se duerme por la noche,
ni de día se descansa;...
Te digo que estoy molido
Arnaez; si esto durara
dos días más, aseguro
que los indios, aún sin armas,
podían venir tranquilos
y armar una contradanza
poniéndonos por alfombra
y luego... echarnos al agua.

ARN. ¡Qué agitación desde el punto
que cambiamos nuestra estancia
dejando la Quiriquina
para venir à esta playa!
* Por cierto que no me creo
con valor para otra hazaña

semejante; no parece
sino que en oro pagaban
cada palada de tierra
ó piedra que se asentaba. *

DOM. En verdad que ciento y treinta
levantar tal barricada
en menos de día y medio
és una empresa harto brava.

ARN. Y por contera de todo
la brega terrible y larga
que hoy tuvimos con los indios.

DOM. Por cierto fué porfiada.

ARN. Hubo momentos tan graves
en que, te juro, no daba
por nosotros un pepino.

DOM. Es verdad que fué extremada
la furia con que los bárbaros
sobre nosotros cargaban.

Créeme que aunque curtido
en estas luchas, fué tanta
la congoja que pasé
cuando ví con qué arrgancia,
sin reparar en cañones
en arcabuces ni espadas,
los enardecidos indios
subían á la muralla
que á la vez que en molinete
con mi tizona cargaba
sobre unos cuantos que osados
me rodearon, mi alma,
creyendo llegado el trance
postrero, á Dios confiaba.

ARN. ¿Y viste de Tucapel
la furia? El primero salta

con agilidad pasmosa
sobre el muro y desbarata
el solo doce flecheros
que aquella parte guardaban
y por entre nuestra gente
se abre paso con su maza,
derribando todo cuanto
delante encuentra; no basta
á contenerle el coraje
de un pelotón que le asalta
ni las heridas que llenan
su cuerpo que se desangra.

Solo cuando ya las fuerzas
vé que del todo le faltan,
cubierto en sudor, en sangre
y en polvo, del muro salta
con tal soltura y peligro
tan grande que á todos pasma.

DOM. ¿Pues Gracolán? ¿no le viste?
El que el asalto mandaba
á lo que parece; fiera
y no hombre fué; se abalanza
gateando por la pica;
la pierde y á brazo carga
con Martín de Elvira, en tanto
que éste distraído se halla
con otros dos que atraviesa
de una terrible lanzada:
con la imprevisión logró
de sus manos arrancarla
y esgrimiéndola furioso
contra los nuestros se encara.

ARN. Sí; más poco la duró,
que al ver la broma pesada

intentó saltar del muro
y en el aire le alcanzaba
una piedra que en la frente
le dió y le quedó clavada.

Yo lo ví, que en nuestro lado
se apaciguó la batalla
un tanto, y algún respiro
logramos. Fué otra alta hazaña
la del bravo don Martín
que és capitán de mi escuadra.

Al ver su lanza perdida,
cambiado el color de rabia,
con temerario coraje
por la poterna se marcha
y él solo, abriéndose paso
à fuerza de cuchilladas
entre los indios, suspensos
ante su estupenda audacia,
cobró la lanza matando
al indio que la tomara
del difunto Gracolán
y con orgullo la alzaba.

Don Martín volvió triunfante
más manando en abundancia
sangre de su brazo izquierdo
y con la faz demacrada.

DOM. ¿Sí? Lo siento; és todo un bravo
y excelente camarada.

Pero ¿será de peligro?

ARÑ. Aún nada sé, más Yanaya,
que con las demás mujeres
en la cueva fué encerrada
apenas los centinelas
vinieron à dar la alarma,

cuando terminó el combate
y salió, desesperada
corrió al lado de su Hernando,
pero el sabio Gil de Alcántara,
que és eminente en la ciencia
de Esculapio, fué á alcanzarla
y algo debió de decirle
tranquilizador, que estaba
llorando con gran congoja
junto á él y más calmada
la he visto ha poco majando
no sé que hierbas... Más calla,
por ahí llega don Alonso
con esa viuda araucana
que vino por su difunto.

DOM. Mírale; sobre esas tablas
le traen los Yanaconas.

ARÑ. ¡Vamos! ¡Se me parte el alma
cuando veo estas escenas!
¡Cómo llora su desgracia
la infeliz!

DOM. Prefiero andar
á lanzazos ó á estocadas
que no encontrarme presente
en casos como éste. ¡Vaya!
Que es tener el corazón
de hiena si no se ablanda
cuando llora una mujer
como llora esa cuitada.

ESCENA V

DICHOS, TEGUALDA y D. ALONSO

(Entran, flanqueados por los soldados con antorchas, los yanaconas que conducen el cuerpo de Crepino; á alguna distancia Tegalda apoyada del brazo de D. Alonso y detrás algunos indios que se suponen acompañantes de Tegalda. Domínguez y Arnáez se retiran al fondo).

(Nota al fin de la obra)

ERC. *(á los soldados)* Entrad y dejadle en tanto llega el día de mañana en la armería; vosotros podéis dormir hasta el alba.

Los criados que han venido con esta señora vayan á descansar donde puedan hacerlo más á sus anchas.

(mutis los aludidos por detrás del fuerte)

TEG. ¿Qué pensáis hacer señor? ved que quiero sin tardanza marchar.

ERC. ¿Cómo? ¿En esta noche habéis de ir por quebradas y vericuetos andando y por el sueño acosada? ¿Expuesta quizá á peligros?

TEG. ¿Qué he de hacer?

ERC. Tener más calma y esperar la luz del día para emprender vuestra marcha por la quietud que os debéis previamente confortada.

TEG. Pero...
ERC. Veo los motivos
que os hacen temer la estancia
en nuestro baluarte; al cabo
nos conocéis por la fama
explicable, más no justa
que por ahí nos señala
tan solo como enemigos
de durísimas entrañas.

TEG. En verdad me ha sorprendido
que esos cuatro se prestaran
gustosos para entregarme
al ser por quien suspiraba.

ERC. Pues os engañáis muy mucho;
pronto vais á verlo; ahí se hallan
algunos indios amigos
que á nuestro lado se amparan
pacíficos y prudentes
y diez ó doce araucanas
esposas de algunos de ellos
ó solo al fuerte allegadas
que en orfandad miserable
la guerra cruel dejara
y que se encuentran seguras
y por todos respetadas:
* aquí estarán hasta tanto
sea posible enviarlas
á la Imperial que ya cuenta,
merced á la hospitalaria
caridad de sus vecinos,
con muchas que en vuestra patria
nacieron y están tranquilas
con la gente bautizada. *

En honesta compañía

quedaréis hasta mañana,
que yo con un buen resguardo
os haré escoltar.

TEG. ¡Bien haya
señor vuestro corazón!

ERC. ¡Cómo agradeceros!
(con familiaridad) ¡Basta!

Dejad agradecimientos
á un lado; (llamando) Arnaez. (Arn. se adelanta)

Que salgan
un momento dos señoras
para llevar á esta dama
donde pueda reposar
con la más posible calma.

ARN. Atendiendo á los heridos
casi todas ellas se hallan.

ERC. ¿Doña Mencia?

ARN. Arreglando
con ayuda de Yanaya
las recetas que prescribe
el médico Gil de Alcantara.

ERC. Bien; que salgan un instante
nada más. (Arnaez entra en el fuerte)

TEG. Tan extremada
bondad, señor, me conmueve,
y aunque no podré la calma
gozar que procura el sueño,
reconozco que son tantas
vuestras mercedes.....

ERC. (en tono de broma) ¡Muy grandes!
Os brindo un montón de paja
señora, con hojas secas,
que nuestra vida otra cama
más cómoda no consiente,

y aún la hallamos harto blanda
si la logramos, que el suelo
casi siempre es nuestra almohada.

ESCENA VII

DICHOS y D.^a MENCIA que sale del fuerte con YANAYA
detrás DOMÍNGUEZ que ocupa su puesto junto á ARNÁEZ

ERC. (*á doña Mencía*) Dispensad que os distrajeses
de vuestra humana tarea,
doña Mencía.

D.^a MEN. No os pese
don Alonso que así sea;
satisfago otro deber
con ceder á esta señora
lo poco que aquí ofrecer
le podemos en tal hora.

Yá por Arnaez estoy
enterada brevemente
de su desgracia. (*á Teg.*) Yo os doy
mi lecho y si deficiente....

TEG. (*á doña Men.*) ¡Ah señora! (*agradeciendo*)

ERC. (*á Yana.*) ¿Y vos, Yanaya?
¿Qué tal vuestro prometido?

YAN. Perdió mucha sangre. (*afligida*)

ERC. (*como sin darle importancia*) ¡Vaya!

YAN. Y está mustio y muy caído.

ERC. No paséis por él cuidado;
me ha dicho el médico Gil
que está muy bien conformado
y es fuerte como un pretil.

(*)

Doña Mencía
Yanaya

Tegualda
Ercilla

Arnáez-Domínguez

De aquí á unos seis días, ya
le dejará levantarse.

YAN. Sí, pero mucho tendrá
todavía que cuidarse.

ERC. Es cierto que algunos meses
pasará antes de sanar,
pero á vos estos reveses
bien os pueden alegrar.
(Movimiento de sorpresa en Yanaya)
pues de su heroísmo en pago
y porque cuide su herida
á la lejana Santiago
le designan la partida.

YAN. *(con ansiedad)* ¿Qué decis?

ERC. ¿A qué negarlo?

Si como detrás del bien
suele ir el mal á alcanzarlo
sin que aguardándolo estén,
por un contratiempo suele
también venir la alegría
que calma el mal que nos duele
y la ventura nos fia.

Vuestro amado Hernando, pues,
ó Martín, cual le decimos
los que con él compartimos
esta existencia montés,
si sanará de su brazo
y usará de él ya á faltarle
un diminuto pedazo
que de un hueso han de sacarle.

Así que con él la espada
ya no podrá manejar,
pues á una fuerza extremada
corre el riesgo dé mancar.

Y deseando D. García
premiarle, le dá en la Audiencia,
cual compete á su valía,
un puesto de preminencia.

Irà en la primera nave
que marche con los heridos.

YAN. (*al cielo*) ¡Señor! ¿Veré al fin que cabe
mirar mis sueños cumplidos?
(*con ansiedad*) Claro es que también á mí
se me dejará á su lado
ir.

ERC. Y casada de aquí
saldréis y el bautismo dado.
Quiere dar cierto esplendor
á esos actos don García;
de fiesta en vuestro loor
vamos á estar ese día.

YAN. ¡Dios mio! ¿Habrá más ventura?

MEN. Pues yo he sabido también
que tendrá vuestra hermosura
(y don García fué quien
lo dijo) más atractivo
con ciertas joyas que quiere
regalaros porque vivo
tal recuerdo en vos impere.

TEG. Yo también, amiga mía,
apenas llegue á mis lares,
de finísima ataujía
os mandaré dos collares
que en el tiempo en que dichosa
fui, formaban mi atavío;
quiero con alguna cosa
responder al acto pío
que en mí esta noche ejercéis.

- MEN. Señora: es nuestro deber.
 TEG. Pero que así me tratéis
 nunca pudiera creer.
 MEN. Y á propósito; és agravio
 sabiendo vuestro dolor
 que con imprudente labio
 se hable de fiestas y amor.
 TEG. ¿Porqué? Es un bien que me hacéis
 al tales cosas tratar;
 con ello me distraéis
 un tanto de mi pesar.
 MEN. Más venid que harto avanzada
 la noche está.
 YAN. Si; ya es hora
 de que al descanso entregada
 os encontraséis, señora.
 TEG. ¡Vamos! (*á Erc. desde la puerta*)
 Por vuestras bondades
 señor, mil gracias os doy.
 ERC. Excusadlas; nimiedades
 son. (*entra Teg. seguida de D.^a Mencía y Yanaya*)

ESCENA VII

ERCILLA, ARNÁEZ y DOMÍNGUEZ

- ERC. (*llamando*) Arnáez.
 ARN. (*adelantándose*) Aquí estoy.
 ERC. ¿A vosotros este cuarto
 creo os tocaba?
 ARN. Si tal;
 con Domínguez lo comparto
 de la noche hasta el final.
 ERC. (*á los dos*) Pues estad muy vigilantes

que ya vistéis qué ordenados
y con bélicos desplantes,
sin mostrarse escarmentados,
los indios la retirada
tomaron tras la refriega
y acaso tengan en nada
repetir pronto la brega.

Así pues la vigilancia
debéis doblar.

ARN.

Sin recelo
podéis ir; nuestra observancia
será esta noche modelo.
(Entra Ercilla en el fuerte).

TELON

CUADRO SEGUNDO

La ruca de Tinigra. Unica puerta al fondo. Lechos de pieles por el suelo. Vasijas y utensilios araucanos. Aljabas con flechas; arcos y lanzas colgados en las paredes. Encima de uno de los lechos y clavada horizontalmente á unos dos metros de altura, entre las ramas que forman la habitación, una flecha.

ESCENA PRIMERA

YANAYA y TINIGRA en primer término derecha figurando que hablan. HERNANDO cerca de ellas sin coraza y con el brazo izquierdo fajado. OLMOS y dos soldados cerca de la puerta. ERCILLA en la puerta figurando dar órdenes á alguien que está afuera.

ERC. *(en la puerta)* Que vigilen la bahía dgs hombres de aquel collado; *(pausa)* *(señalando)* bien, á ese árbol elevado que se suba otro vigia. El sólo hacia el Bío-Bío debe guardar y que avise al momento que divise algo extraño por el río. *(viniendo hacia Tinigra)* Creed que reconocemos el que así nos acojáis.

TIN. Aunque enemigos seáis no aliento viles extremos, y más si Yanaya viene.....

YAN. A darte, Tinigra amiga mi adiós, tu afecto me obliga y ese objeto aquí me tiene.

TIN. ¿Cómo? ¿y adónde partís?

YAN. A Santiago.

TIN. ¿Allí? Distante
dicen que está la arrogante
ciudad que manda el país.

YAN. Sí; por darle distinción
don García quiere á Hernando
darle cierto honroso mando
en tan lejana región:
y á la vez por su salud
pues con una herida se halla
desde la última batalla
que me dió gran inquietud.

TIN. Sí; supe que en el asalto
salió él sólo á la cobranza
de su arrebatada lanza
dejando su honor mui alto.

ERC. *(que ha quedado hablando con los demás al fondo)*

* Y desde allí nos volvemos.

OLM. Bien pensado.

SOL. Bien pensado.

OLM. Tomando por este lado
bien pronto el río veremos. *

YAN. *(á Tinigra)* Aprovechando que aquí
una regular porción
de gente de su facción
viene á explorar, yo pedí
por merced que á saludarte
me permitiesen llegar;
ya ves; lo pude lograr
y heme aquí.

TIN. *(tomándole las manos)* Yanaya, parte
con la convicción que dejas
en esta tierra lejana

no una amiga, una hermana,
que llora mientras te alejas.
Quiera el Dios..... de los cristianos
que tú confieras el sólo,
que cual las mías, sin dolo,
te encuentres amigas manos.

YAN. ¡Vaya! no me hagas llorar
Tinigra, con tu aflicción,
sabes que en mi corazón
tu imagen siempre ha de estar.
¿Y acaso esta despedida
será eterna? no lo creo;
he de cumplir el deseo
de otra vez verme á tí unida.
¿No vendrá pronto la paz
á dar fin á tanto estrago?

TIN. (*moviendo la cabeza con tristeza*)

No Yanaya, no; su halago
no espero alegre mi faz.
No ¿no ves qué empedernidos
en la lucha están cebados
unos y otros los soldados
de dos pueblos no vencidos?
¡Dios sabe cuando habrá fin
á guerra tan desastrosa!

HER. (*a Tinigra*) ¡Vamos muchacha, no es cosa
para atontarse el magín!

TIN. (*á Hernando*) ¡Ay señor! ¡Es que aleja
la querida compañera
de mi dulce edad primera!
¡Y en qué situación me deja!
Privada de la amistad
más fiel que alegró mi vida
y en los horrores sumida

de una guerra sin piedad! (*ruido dentro*)
OLM. ¿Quién se acerca? (*Todos se vuelven á mirar á la puerta*).

ESCENA II

DICHOS y QUIAMPO seguido de dos centinelas que traen, á más de sus propias armas, uno de ellos una lanza de quila y el otro dos flechas.

CEN. (*mostrando las armas*) Aquí traemos este mozo que así armado mui cerca hemos encontrado.

ERC. (*aparte*) ¿Será espía? Interroguemos.

(*A una seña de Ercilla los centinelas dejan las armas de Quiampo apoyadas en la pared, cerca de la puerta y váense. Quiampo avanza al centro de la escena y se cruza de brazos en actitud arrogante.*)

TIN. (*reparando en Quiampo*) ¡Mi hermano Quiampo!

QUIAM. (*á los soldados*) Me véis en vuestro poder y espero tranquilo que vuestro acero pronto en mi sangre saciéis. (*pausa*) ¿Qué dudáis? harto en la vuestra mi lanza se ha ensangrentado y hoy que lo decreta el hado cedo á mi estrella siniestra. Más no esperéis de flaqueza una palabra ni un gesto; soy de Arauco y básteos esto; muero, más con entereza.

TIN. ¡Quiampo! repara.....

QUIAM. (*sin oírlo*) ¡Es de ver vuestra hazaña señalada!
¡Asaltar una morada

donde hay sola una mujer! (*por Tinigra*)
(*Movimiento de disgusto en los soldados*).

ERC. (*con dignidad*) Tened la lengua mancebo:
ni aquí nada se ha asaltado
ni a nadie se le ha ultrajado
ni nada malo hay de nuevo;
y aunque insultante os mostráis
con malévolos avances
y de pretendidos lances
injusto nos acusáis,
sabad que basta que de esta
morada seáis el dueño
para dejar todo empeño
de inamistosa protesta
y libre cual vuestra hermana,
no obstante que soís guerrero,
podéis usar vuestro fuero.

TIN. (*interviniendo*) Sí, Quiampo; con mira sana
están aquí, aunque te extrañe;
vinieron en compañía
de esta fiel amiga mía;
la apariencia no te engañe.
(*Siquen hablando los dos*).

OLM. (*á Ercilla*) A fé que el mozo es de agalla.

ERC. Si que es franco y atrevido.

HER. El carácter decidido
de los de Arauco en él se halla.

QUIAM. (*volviéndose á los soldados*)

Pues Tinigra me ha explicado
por qué os encontráis aquí
mi yerro reconocí,
lo confieso sin enfado.
El mundo no consiguiera
de Quiampo una explicación

à no ser que sin razón
él mismo el ofensor fuera;
y pues presentóse el caso,
aunque enemigos, os pido
olvidéis que haya incurrido
en tan imprudente paso.

ERC. En ello más no penséis.

QUIAM. El dejarme en libertad
es ya generosidad
pues que soy contrario véis;
y delante de vosotros
diré por qué aquí he llegado
ya que es caso que en cuidado
nos trae à unos y à otros.
(à *Timbra*) Ya te dije como Lauco,
(*al oír el nombre de Lauco se acercan todos*)
ese abyecto criminal
à cuya acción infernal
tanto daño debe Arauco,
delatado casualmente
por dos soldados de España
que se apresaron, con maña
huyó su fin inminente.
De los soldados que fueron
en su alcance à dos sus flechas
fueron à herir tan derechas
que sin vida los tendieron:
los demás luego trataron
de sacarlas de la herida
y en las dos, bien distinguida,
curiosa señal notaron.
Yo lo supe y las miré
—que hubo quien tuvo cuidado
de guardarlas—y extrañado

más que nadie me quedé,
pues me acordé que tú ahí
(*señalando la clavada en la pared*)
tienes esa otra guardada
como un recuerdo y marcada
del mismo modo la vi.
Te he querido consultar
por ver si tal coincidencia
tiene alguna consecuencia
que acaso pueda probar.....

(*Va á traer las dos flechas que junto á sus armas han dejado
los centinelas en el suelo.*)

TIN. (*con precipitación*) ¿A ver?
(*mirándolas y con creciente exaltación*)
¡Sí! ¡La misma marca
y en igual sitio está hecha!
¡Han de ver por esta flecha
cuánto su maldad abarca!

(*Arranca la flecha clavada en la pared y váse con las tres
precipitadamente.*)

ESCENA III

DICHOS menos TINIGRA

ERC. (*á Quiampo*) ¿Pero á dónde corre así?

QUIAM. A delatar á un bandido
que azote de Arauco ha sido.

YAN. (*á Hernando*) Y que rebosa odio á tí;
harto de sus viles planes
creo haberte ya enterado.

HER. En mantener tal cuidado
te pido que no te afanes.
Tengo mi mano derecha

útil; no sé que es pavor.....

QUIAM. Más fiarse de un traidor
y que es maestro en la flecha.....

ERC. (*á Quiampo*) ¿Así que otra villanía
descubierta nuevamente
dirá vuestra hermana gente
de mando y categoría?

QUIAM. (*con recelo*) Sí.....

ERC. Pues entonces sabéis
que no lejos de aquí están
ó el mismo Caupolicán
ú otros.....

QUIAM. (*resuelto*) No me preguntéis.
Si están ó no están, os toca
á vosotros encontrarlos;
que yo vaya á traicionarlos
es una pretensión loca.
En vuestra casa os halláis
ya que en paz y cortesmente
demostráis la conveniente
medida, más si me habláis
por ver de sacar partido
contra los míos, pedazos
podéis hacerme á sablazos
pero yo en traición no incido.

OLM. No se explica mal el mozo.

ERC. Nada tenéis que temer:
también con vos quiero ser
franco y cortés sin rebozo.
Pues que en vuestra casa estamos
no quiero de ello abusar;
idos tranquilo á juntar
con los vuestros,

QUIAM. (*señalando sus armas*) Más.....

ERC. (*dándoselas*) Y os damos
vuestras armas; merecidas
las tenéis.

QUIAM. (*tomándolas*) Yo os agradezco
tal proceder y me ofrezco
sin atenciones fingidas,
para en tales ocasiones
haceros bueno que Quiampo,
fuera del guerrero campo,
tiene iguales intenciones.
* Que en el campo del honor,
cual los araucanos todos,
de que seáis haré modos,
trofeos de mi valor. (*mutis*).*

ESCENA IV

DICHOS menos QUIAMPO

ERC. (*á los demás*) ¿Y sabéis cual es mi idea?
dejándole así marchar?

OLM. ¿Quién lo puede adivinar?
más decid lo que ello sea.

ERC. Pues por dos fines diversos
procedo con Quiampo así;
vase tranquilo de aquí
pues no le somos adversos,
que en su casa y tal instante
indigno fuera en verdad
nuestra superioridad
usar con modo arrogante,
(*con intención*) y al seguirle con cordura
de lejos, podemos dar
tal vez en donde encontrar
una feliz aventura.

- OLM. Os comprendo; bien pensado;
pues vamos tras él con tiento.
- ERC. *(tocando en un hombro á Hernando que habrá quedado aparte hablando con Yanaya)*
Nuestro reconocimiento
don Martín, luego es finado:
así podéis descansar
un tanto mientras volvemos
y permitid que os dejemos,
por si tenéis qué ordenar,
cuatro soldados que observan
estos campos y bahía.
- HER. Para haceros compañía
bien mis miembros se conservan.
- ERC. No; que aún estáis delicado
para una marcha algo fuerte.
- YAN. *(con solicitud)* Y don Gil también te advierte
que debes tener cuidado.
- ERC. *(con familiaridad é intención)* Yanaya se cuidará
de que no estéis aburrido.....
- YAN. *(con rubor)* ¡Oh señor!
- HER. Bien; me decido;
que luego estéis por acá.
- ERC. *(saliendo con todos)* Si tal. *(pausa).*

ESCENA V

YANAYA Y HERNANDO

- HER. *(acercándose á Yanaya)* ¡Yanaya mía!
- YAN. Hernando; ya me inquieta
que, cual si sano fueras con un empeño tal
quieras hacer alardes de fuerza.
- HER. No te apene;

me dan vigor tus ojos con sólo su mirar.
Te amaba mucho, mucho, aún antes de ese día
en que en el rudo asalto la muerte cerca vi
y exangüe y sin alientos, en lecho miserable,
creí llegado el último momento para mí.

Yanaya ¿no recuerdas? Mi boca en el delirio
palabras inconexas tan sólo profirió
pero tu nombre en ellas y el de mi santa madre
el balbuciente labio me dices que mezcló.

Y en los momentos lúcidos, en mí la vista fija,
orando consternada y ansiosa te miré,
con el temor á veces y á veces la esperanza
pintados en tu rostro cuyo color se fué.

* Si; tu atención insólita; tu sacrificio noble
la vida me salvaron volviéndome á tu amor,
y hoy, si un Dios no existiera, que en mi ins-
[piró el afecto
que tú también me ofrendas, te diera adora-
[ción. *

YAN. ¡Hernando!

HER. ¡Mi Yanaya! Deja que te contemple;
que lleguen tus suspiros mi ser á perfumar,
tu nítida mirada me inunde en sus efluvios
y tu gentil palabra me embriague en su raudal.

YAN. No acertarán mis frases, Hernando, á referirte
la dicha que recibe mi corazón feliz
oyendo de tus labios la dulce melodía
que inunda mi alma toda que alienta para ti.

Si gratitud inmensa sintió la triste hija
por quien libró á su padre de criminal feroz
y que cortés é hidalgo, con delicado empeño,
su juventud cuitada benévolo acorrió,
bien pronto á tal afecto, sin ser casi anotado,
siguió el amor, sentido por la primera vez,

y hoy, presa en sus tenaces, dulcísimas cadenas,
del cielo don sin duda, cambió todo su ser.

* Y con su fuego la antes selvática Yanaya
dócil se halló con otras maneras de vivir
y al lado de su Hernando ve transcurrir la
[vida
con sólo su cariño mirándose feliz. * (pausa)

Más siento, Hernando amado, que en medio
[de mi dicha
se cruza alguna sombra; no sé por qué razón
tengo miedo.

HER. ¿Qué temes si te hallas á mi lado?

YAN. Siento, sin por qué sepa, recóndito temor.
¿Cuándo huirán mis ojos las lúgubres escenas
de ruínas y de sangre?

HER. Bien pronto llegará
el día en que tu anhelo, ya lejos de estos sitios,
puedas mirar trocado en bella realidad.

ESCENA VI

DICHOS y ARNÁEZ que llega con cierta agitación

YAN. (*mirando hacia afuera*) Alguien se acerca.

HER. (*yendo á ver*) Es Arnáez.

ARN. (*apareciendo*) Señor; acaso os convenga
salir á ver lo que ocurre.

HER. ¿Qué es ello?

ARN. Creo se acercan
indios guerreros; los vimos
desde esa pequeña cuesta
donde estábamos.

HER. ¿Son muchos?

ARN. Acaso más de cincuenta:

y aunque hasta llegar aquí
por más que se den gran priesa,
según lo que están distantes,
han de tardar.....

HER. ¿Los acecha
tu compañero?

ARN. Sí.

HER. (*disponiéndose á salir*) Vamos
á saber lo que ello sea. (*salen los dos*).

ESCENA VII

YAN. (*que ha quedado como petrificada*)
¡Dios mío! ¡Si estando á punto
de ver trocadas mis penas
en tranquilidad y dicha
me acosarán más acerbias!
(*arrodillándose y alzando las manos*)
¡Virgen Santa! ¡Tú que sabes
cuanto le quiero, no seas
indiferente á mi ruego
y aparta de su cabeza
todo peligro; yo sufra
los males que sobrevengan
á quien ya, ante tu hijo sacro,
de mi esposo el nombre lleva!

ESCENA VIII

YANAYA y LAUCO que entra con el arco y una flecha
en la mano y daga en el cinto.

YAN. (*levantándose aterrorizada al verle*)
¡Lauco!

LAU. (*con risa satánica*) ¡Vaya! te sorprende

mi presencia en este sitio:
has quedado entontecida
como el tierno pajarillo
á quien fascinan los ojos
del reptil que nunca ha visto. (*pausa*)
(*irónico*) ¿Con que orabas? Por tu Hernando
sería el ruego sumiso
que enviabas á ese Dios
que no há mucho has conocido.

Si es así bien lo merece
Yanaya porque te afirmo
que el sol de hoy para él
—tú lo has de ver—será el último.

YAN. (*con horror*) ¡Mónstruo infernal!

LAU. (*con tranquilidad irónica*) No te inquietes
todavía que un alivio
quiero darte con mi charla:
ya que estás sola conmigo
quiero ser galante, tanto
como ello sea preciso
aunque tu sólo en desdenes
pagaste mi amor prolijo.

YAN. ¡Dios mio!

LAU. ¿Suponías
que porque yo en tu camino
ha tiempo no me cruzaba
mi amor se había extinguido?

Mal creíste y porque veas
si Lauco te será adicto
te diré que cautamente
he averiguado y solicitado
cuanto pudiera servirme
para hablarte sin testigos,
y por un indio infeliz

que está del fuerte al servicio
—al que pregunté con maña—
supe lo que ahora te digo.

Que en el asalto, há diez días,
quedó don García herido
de una certera pedrada
que gracias que dió en el filo
de su visera allí muerto
no le dejó; que allí mismo
á don Alonso de Ercilla
nombró por jefe interino
mientras sana; que tu amante
por milagro se halla vivo
y que anhelando el de Ercilla
distinguirse, para hoy quiso
con parte de los soldados
inspeccionar estos sitios.

Que tu amante y tú con él
también habiais venido
porque cerca vuestro viaje
deseábais despediros
de esa Tinigra, tu amiga,
que habita aquí por lo visto.

Ya ves si he sabido cosas
varias en un tiempo mismo.

Yo, que oculto, la columna
seguí por también seguiros,
de la ocasión siempre en busca
(*con alegría feroz*)

— que ya ha llegado — escondido
marchar he visto á la tropa
conque vinísteis; más cinco
hombres que quedaban eran
grave estorbo á mis designios.

Pero afortunadamente
acorióme mi destino
pues sabiendo que no lejós
un fuerte grupo de indios
destacados se encontraba
mandé para prevenirlos
á toda prisa un flechero
que espiaba con sigilo
la actitud de los de España.

Ya les habrá hecho sus signos
(*señalando*) de la cima de ese monte.

No han de tardar, más te fío
que á tu Hernando nadie de ellos
tocará. (*con risa sarcástica*) Es asunto mío.

Presumo que antes que lleguen
ha de venir él; estimo
que dejar sola á su amada
no ha dé parecerle fino;
(*acentuando la sonrisa*)
y entonces ¿Ves esta flecha?
(*mostrándole la flecha*)
¡Qué punta y qué agudo filo!
Pues recta en su corazón
irá á buscar su escondrijo.

YAN. (*aterrada*) ¡Hiena infame!

LAU. (*poniendo atención*) Ya parece
que se acerca. (*va hacia la puerta*)

YAN. (*arrojándose contra él*) ¡Fementido!
Antes tendrás que matarme
endemoniado asesino. (*se agarra á él*)

*Lauro forcejea con ella hasta arrojarla al suelo y saca la
daga que lleva al cinto.*

LAU. (*sardónico*) A tí no; serás juguete
de los que pronto, aquí mismo

darán cuenta de esos cuatro
que vigilan; más afirmo
que si te empeñas, la daga
que ves aquí de dos filos
á mis pies ha de tenderte;
con que lanza el menor grito.

Va de nuevo á acechar á la puerta preparando la flecha y el arco para lo cual guarda la daga en el cinto. Yanaya, con ojos extraviados medio incorporada en el suelo, sigue sus movimientos; al fin como quien ha tomado una decisión ocurrida de pronto, se levanta y alzando las manos al cielo dice:

YAN. (aparte) ¡Dame valor Virgen Santa!
¡Préstame fuerzas, Dios mío!

Se acerca sigilosamente á Lauco, le arranca la daga del cinto y le hiere en un costado.

(con furor) ¡Toma vil!

LAU. (Dejando caer el arco y la flecha y llevándose rápidamente las manos á la herida).

¡Maldita seas!

YAN. (en la puerta) ¡Hernando ven!

LAU. (con voz apagada) ¡Me has herido!

ESCENA IX

DICHOS y HERNANDO que entra rápidamente y al darse cuenta de la escena, se abalanza á Lauco cogiéndole por el cuello con su mano derecha.

HER. ¡Miserable! (á Yan.) ¡El puñal! ¡Dame!

LAU. (Que logra desasirse con sus dos manos de la de Hernando, escapando).

¡Ay de vosotros si vivo!

HER. (Cogiendo la daga de mano de Yanaya é intentando seguirlo; á Domínguez que aparece en la puerta).

¡Domínguez!

DOM. ¡Qué!
HER. ¡Mata á ese hombre!
(*Domínguez desaparece tras Lauco.*)
DOM. (*desde dentro*) ¡Allá vá!
Suena un tiro. Momentos de espectación de Yanaya y Hernando.
HER. ¿Te hirió el indigno?
YAN. No. Más ¡qué horribles angustias
he por tu vida sufrido!
Y por mí. Tan sólo Dios
lo sabe.
DOM. (*apareciendo; con disgusto y golpeando el suelo con
la culata del arcabuz*) ¡Perdí este tiro!

ESCENA X

YANAYA, HERNANDO y DOMÍNGUEZ

HER. ¿Cómo?
DOM. (*entrando*) Con agilidad
de mono, al instante mismo
en que le apuntaba firme
puesto el dedo en el gatillo,
se agarró con ambas manos
de un arbusto que dá al mismo
barranco que aquí detrás
es de árboles laberinto.
Dejóse caer y la rama
de que se había valido
trinchada también caía
por mi bala; me dirijo
al sitio y vi que distante,
por punto de árboles límpio,
la mano al costado puesta
iba, aunque algo torpe, rápido;

metióse entre la espesura
de nuevo y yo, sin seguirlo
porque el tiempo nos apremia,
á vuestra orden he venido.

HER.

¿Los demás?

DOM.

Pronto vendrán;

los tres están reunidos
formando unas parihuelas
con ramas y nuestros cintos.

HER.

¿Para qué?

DOM.

Para llevaros

de prisa y que el brazo herido
con la marcha no os moleste.

HER.

No hay para ello motivo;
me siento bien.

DOM.

Más.....

HER.

Yanaya

podrá usarlas.

YAN.

No es preciso;

largas marchas no me afectan
que desde mi tierna infancia he sido
insensible á la fatiga.

DOM.

Más como es estorbo nimio
las llevamos por si falta
nos hacen (*á Hern.*) si dáis permiso.

HER.

Bien; llevadlas.

ESCENA XI

DICHOS, ARNÁEZ y DOS SOLDADOS que traen una especie
de angarilla pequeña formada con ramas y las vainas
de cuatro espadadas, arreglada con cuatro cinturones
y raíces de árboles; en la mano las espadas desnudas.
Los arcabuces al hombro.

ARN.

(*de la puerta*) Aquí estamos.

HER.

¿Están muy cerca los indios?

- ARN. Media milla o poco más
les quedará de camino.
Algo aflojaron la marcha
que traían al principio
pues están atravesando
un terreno quebradizo
y pedregoso en extremo.
- DOM. ¿Y adonde nos dirigimos?
¿Al fuerte?
- HER. Grave imprudencia
sería; lejos vinimos
dél y querer alcanzarle
puede ser gran desatino.
El camino es llano y libre;
pronto seríamos vistos
y ni uno sólo escapaba
de las manos de los indios.
Ni un cuarto de hora de marcha
llevan los nuestros; con tino
les daríamos alcance
burlando á los enemigos.
Si marchamos amparados
por ese bosque sombrío
imposible es que nos vean.
- ARN. Es verdad.
- DOM. Sóis estratégico.
- HER. Y sea lo que Dios quiera
en marcha; mucho sigilo,
y si algún tropiezo hallamos
primero morir los cinco
mientras que en salvo Yanaya
logre ponerse, hijos míos.
- DOM. Capitán; de vuestras vidas
no hagáis cuenta.

ARN. Eso repito.
SOL. ¡Si!
HER. (*dándoles la mano*) Sóis leales y bravos:
gracias.
DOM. (*saliendo*) Vamos ya.....
ARN. Lo dicho.
YAN. (*alzando las manos*) ¡Ampáranos Virgen Santa
bajo tu manto bendito. (*salen todos*).

TELON

CAUP.

Los pareceres

de vosotros espero como dije,
sapiente Colocolo, y es en este,
como en todo consejo, de gran precio
vuestro dictámen justo y elocuer.te;
decid pues.

COLO.

(haciendo una venia) Valerosos capitanes
de quienes el honor de Arauco pende,
mucho me place que esos vuestros pechos
en fuego tan patriótico se incendien.

Cuanto aquí habéis tratado, certifica
vuestro entusiasmo bien sobradamente
y al oiros también en este viejo *(señalándose)*
se acelera la sangre; el seno hierve
y al amor de la patria tan amada,
su ser, caduco ya, rejuvenece.

No esperaba yo menos de vosotros;
esa impaciencia que á luchar os mueve
me prueba que tenéis en poca cosa
sin libertad, familia, vida y bienes.

Más, para encaminar, si en ello atino,
el impulso feliz que os enardece
é impedir que escondido nuestro daño
y no nuestro provecho acaso encierre
mal dirigido; aún cuando mis palabras
ingratas sean á vuestra alma ardiente,
os debo de advertir que más que nunca
hemos de meditar qué hacer conviene.

Si solo se tratase de que todo
destrazo que causastéis en el fuerte
con grande diligencia los hispanos
corrigieron; que ya el reposo tiene
sus miembros descansados, no como antes,
diez días á esta parte, en que hasta breve

para el sustento el tiempo conseguían, de vuestro plan sería un adherente.

Pero ¿olvidáis acaso que ayer noche nuestro soldado, el ardidoso Lepe, que, so capa de amigo, como espía entre los españoles permanece, vino á decirnos cómo allí arribaron seis caballeros que en vanguardia vienen para avisar que á un día de camino se encuentra el gran refuerzo de ginetes que de lo misma Lima, don García hizo venir por tierra?

VARIOS *(después de un momento de pausa)* ¡Cierto!

COLO. Débese

considerar por tanto cuán más grande será su valimento y que no pueden reunirse los nuestros en un día ni en dos, ni en tres acaso, si se atiende cuan separadas se hallan unas de otras las tierras que gobiernan los Ulmenes. *(Pausa)*

CAUP. ¿Así pues?

COLO. Lo que encuentro más factible (y, cual lo habéis de ver, más conveniente) és que las pocas fuerzas que nos quedan á este lado del río, en tiempo breve, (á poder ser hoy mismo) cual el resto hacia Arauco traspasen la corriente.

Y todos en sus casas, prevenidos para un pronto llamado, en sus quehaceres pacíficos se ocupen; los de España nos juzgarán sumisos y obedientes, y engréidos al verse reforzados, por su carácter mismo, en cuanto lleguen á saber que en quietud nos acogimos

entre nuestros terrenos y mujeres
intentarán, siguiendo la conquista,
sojuzgarnos poniéndonos sus leyes.
(solemne) Más viéndoles cruzar el Bío Bío
se avisa á todo Arauco y se previene
y poco han de servirles sus caballos
y el belicoso alarde que nos muestren
allá, en nuestras montañas; Marigüenu,
blanco en huesos cristianos, bien defiende
la libertad de Arauco; como un símbolo
levanta al cielo su escarpada frente;
y allí, do tantas veces se estrellaron
en vano proyectiles y corceles,
la legión invasora, con su brío,
sabrà estrellar Arauco para siempre. (Pausa)

CAUP. ¿Qué decís? (*á los demás que habrán quedado
en actitud meditativa*).

REN. (*á Colo.*) Aunque hierva en impaciencia
mi pecho por vengar en esas gentes
de Gracolán invicto y tantos otros
el fin digno y heroico y se acrece
tal afán cada día, me persuado
que habéis dictaminado cuerdamente,
y así, aunque contrariado á tal demora,
con vuestro parecer Rengo conviene.

LINC. ¿Qué le vamos á hacer? también Lincoya
se habrá de resignar y hacer las veces
por unos días de labriego humilde.

OROM. Y Orompello también, aunque le pese,
pues de su primo Tucapel, postrado
y en lucha todavía con la muerte,
en este mismo punto tomaría
satisfacción justísima con creces. (Pausa)
Más tal postergación en nuestras almas

- el patriótico espíritu no merme.
- UNOS *(resueltos)* ¡Nunca!
- OTROS ¡Jamás!
- CAUP. *(á los soldados)* Decid á los soldados que atraviesen el río prestamente. *(Los soldados se van derecha; volviéndose á los caciques)* ¿Mermar? Caupolicán, antes que Arauco aherreojado y sin vida propia quede, jura quemar sus casas y heredades y en lucha sin cuartel hallar la muerte.
- OROM. Sé que muchos soldados esto mismo resueltos acordaron; si os parece, ratificar aquí por todos ellos os pido decisión tan eminente.
- TODOS ¡Lo juramos también!
- OROM. *(adelantándose con energía)* ¡Y quien contrario con tal resolución desde hoy se muestre sea juzgado cual traidor y el viento convertido en cenizas, le disperse!
- UNOS ¡Bien!
- OTROS ¡Sí!
- OTROS ¡Viva Orompello!

ESCENA II

DICHOS y un soldado araucano que se detiene á la derecha. Caupolicán le interroga con la mirada.

- SOLD. Solicita con vosotros hablar urgentemente cierta joven; afirma que la trae cuestión de mucha monta.
- CAUP. Que se acerque. *(Vase el soldado)*
¿Qué querrá?

OROM. Ya veremos.
LINC. Aquí llega.
COLO. Con unas flechas en la mano viene.

ESCENA III

DICHOS y TINIGRA con las tres flechas; se detiene á la entrada haciendo una reverencia.

TIN. Disimulad si interrumpo
quizá vuestra conferencia
con mi venida.

CAUP. Acercaros
y hablad.

TIN. (*acercándose*) Tomad estas flechas
(*dándole dos*) y fijáos en la marca
que entre las plumas ostentan.

CAUP. (*mirándola*) Son las de Lauco, extraídas
de las heridas que hiciera
á dos de nuestros soldados
que mató.

TIN. (*dándole otra*) Bien; mirad ésta.

CAUP. (*mirándola*) La misma señal; son cinco
rayas que aquí se concentran
en un punto cual queriendo
significar un cometa.

Más ésta ha tiempo sin uso
debe estar, pues veo llena
toda su punta de herrumbre.

TIN. El corazón en la tierra
más valeroso pasó
que pudo herir una flecha,

TODOS (*acercándose rápidamente*) ¿Cómo?

TIN. Ya sabéis que Lauco

fué el que á Lautaro vendiera
guiando á los enemigos
al pie de una áspera sierra
donde acampó; más noticias
no tenéis de que esa hiena
por Guacolda, tan amada
de Lautaro, sintió ciega
pasión que luego trócese,
viendo que correspondencia
por su insistente porfía
no lograba, en rabia fiera.

Por esto és que á Villagrán
mostró la ignorada senda
por donde llevó á la gente
de Arauco muerte siniestra.

Después de aquella jornada
para nosotros tan negra,
Guacolda, que del sentido
privada al lado cayera
de unos horcones que hacían
ángulo en la parte que ella
se hallaba y por los que acaso
libró de ser también muerta,
con la razón extraviada
discurría por praderas
y cerros, siempre en la mano
llevando esta misma flecha.

Compadecida la gente
de su desgracia y como élla
de su extravío tan solo
daba á conocer la muestra
en triste y continuo llanto
capaz de ablandar las peñas,
la acogía y sustentaba

hasta que un día yo, que era
de aliviada posición
y de mis padres la prenda,
quise acorrer para siempre
su desgracia, convidéla;
la hice vivir conmigo,
más siempre sumida en pena
á pesar de mis cuidados
finó en breve su existencia
sin separarse jamás
de esta misteriosa flecha.

Pero antes de morir tuvo
de lucidez una vena
y llamándome á su lado
me dijo en llanto deshecha:
« Buena Tinigra, que has sido
mi amiga y mi providencia,
» á tí te fío tan solo
» esta sanguinaria prenda.
» Ténla como una reliquia,
» nunca de vista la pierdas;
» la arranqué del corazón
» de Lautaro tras aquella
» lucha horrible en que él primero
» dió á la patria su existencia ».
(con tristeza) Y entornando sus pupilas
Guacolda se quedó muerta. (Pausa)

CAUP. ¡Ah! Con esto se confirman
nuestras fundadas sospechas
del día en que delatado
con la fuga se vendiera.

COLO. ¡Sí! ¡El fué quien nos vendió!
Y á la vez ésto (por la flecha) nos prueba
que él dió muerte al gran Lautaro.

- ONG. (con ira) ¿Y dónde? ¿Dónde se encuentra ese monstruo del averno?
- OROM. ¡Ay de él si yo lo supiera!

ESCENA IV

DICHOS y UN SOLDADO por la derecha

SOLD. ¿Señor? (á Caup. Caupolicán le hace señas de que se acerque y hable).

De aquí no muy lejos
yo con otro centinela
que guardábamos el campo,
descendiendo una ladera
con mucho trabajo, vimos
un hombre en el que no hay señas
de si es soldado de Arauco
ó es un indio de otras tierras.

Sobre su costado izquierdo
traía las manos puestas
y apretadas; detuvimosle
y vimos, no sin sorpresa,
que de una profunda herida
manaba la sangre; en esta
circunstancia le ofrecimos
traerle, más él se niega
con rara tenacidad
á venir; en vista de esta
pertinacia, sorprendidos
he yo venido á dar cuenta.

CAUP. (después de una pausa) ¡Extraño caso en verdad!

TIN. (aparte) ¡Si será!...

CAUP. ¿Dónde se encuentra?

SOLD. (señalando) Está sentado á la sombra
que dán aquellas malezas.

- CAUP. *(como mirando á lo lejos)*
Es verdad; de aquí le veo.
- SOLD. Dijo que á vuestra presencia
no le haríamos llegar
como muerto no viniera;
le dejamos custodiado
por dos hombres que de cerca
le observan.
- CAUP. ¡Pues es curioso!
Vamos á ver lo que sea.
(Salen todos segundo término derecha).

ESCENA V

La escena queda sola unos momentos durante los cuales se oye por la izquierda la marcha acompasada de soldados que se acercan. A poco entran ERCILLA y OLMOS seguidos á alguna distancia por SOLDADOS ESPAÑOLES en formación los cuales, á una señal de Ercilla, se detienen en primer término. Ercilla se detiene á la derecha mientras Olmos que ha atravesado todo el escenario y entrado por esa parte, como mirando algo en el suelo, reaparece á poco con un puñado de ceniza en la mano.

- ERC. *(á los soldados).* ¡Alto! *(se detienen)*
- OLM. *(saliendo)* Pues aquí han estado
los araucanos ha poco. (●)
- ERC. ¿Cómo?
- OLM. Sí; las pruebas toco;
aquí su campo han formado.
(Mostrando las cenizas) Mirad; aún están calientes
diciéndolo estas cenizas
y ahí detrás brillan rojizas
algunas áscuas ardientes.

() Soldados

- ERC. (*mirando*) Es verdad; son comedidos
por cierto los araucanos;
con su fuego los cristianos
nos vemos favorecidos
pues así nuestra ración
en breve tendremos lista.
- OLM. (*mirando hacia el río con atención*)
Si no me engaña la vista.....
más me estorba ese montón
de arena. ¿A ver? Miremos (*Da unos pasos al
fondo. Sin dejar de mirar y con súbita viveza*)
¡Don Alonso! ¡Aquí! ¡Venid!
- ERC. (*acercándose*) Olmos ¿Qué es eso? Decid
- OLM. (*dando unos pasos*) Desde aquí mejor lo vemos.
- ERC. ¡Diablo! Si son los soldados
araucanos que á la opuesta
orilla, al pie de la cuesta,
recién son desembarcados
á lo que parece.
- OLM. (*señalando*) Ved
como vuela y bate el agua
aquella última piragua
de una racha á la merced.
- ERC. ¡La cogió la ventolera!
- OLM. Pues apurados están,
y si auxilio no les dan
los que están en la ribera..... (*Pausa*)
- ERC. En fin; pasó el ventarrón.
- OLM. Pues los tuvo en gran apuro.
Si no calma, de seguro,
se dan el gran chapuzón.
- ERC. Ya vá derecha y ligera.
- OLM. Sí; vá llegando á la orilla.
- ERC. Ya está, tocó la barquilla

la arena de la ribera.

OLM. Ya saltan en tierra; son los últimos.

ERC. Desde luego los que de encendernos fuego tuvieron la precaución.

OLM. ¿Y como se habrá perdido Quiampo?

ERC. Muy fácil; nos vió de seguro; se escondió y por otra parte ha ido.
(Volviendo al centro de escena)

Lástima no haber llegado un poco antes, por qué así tendríamos ahora aquí bonito fandango armado.

OLM. Quien sabe si lo mejor será lo que ha sucedido; mucho soldado reunido veo allí.

ERC. Sería peor para ellos, por vida mía, pues donde más golpes dar tendríamos, á la par que más fija puntería.

OLM. ¿Fija? Poco de mi pulso fio; una poca cebada con hierbas condimentada, cocida en un caldo insulso, y agua en lluvia recogida ha días que nos sustenta.

ERC. Yo ya he perdido la cuenta del tiempo que tal comida nos nutre, y digo nutrir

aunque por tal alimento
que nos mantiene el aliento
solo debiera decir.

OLM. Y además las dos semanas
que, sin las armas quitarnos,
hubo la tierra de darnos
camas duras y malsanas.
(volviéndose hacia el río)
Más, ¿qué rumor oigo?

ERC. *(yendo á mirar)* ¿A ver?

OLM. ¡Los indios que nos han visto!
¡Mirad! ¡Mirad! ¡Jesucristo!
¡Si és de verlo y no creer!
¡Qué agitación y qué afán!
Y todos, cual provocándonos,
gritan, las armas mostrándonos!

ERC. *(Que durante las exclamaciones de Olmos ha estado
en ademán pensativo mirando donde éste señala,
cogiéndole de un brazo y trayéndole adelante).*

Oid, que me ocurre un plan.
Supuesto que don García
los caballos solo espera
para con la fuerza entera
dar sobre la Araucanía
¿No os parece linda hazaña
que pasando el río luego
á fuerza de hierro y fuego
comencemos la campaña?

OLM. ¿Sin caballos?

ERC. ¡Pues á fé
que nos servían gran cosa.
¿No véis la sierra escabrosa
que hunde en el agua su pié?

Allí solo los infantes
harán algo de provecho.

- OLM. *(después de un momento de vacilación)*
 Pues bien don Alonso; pecho
 al agua; á sus desplantes
 procuremos contestar
 aunque somos muy contados.
(reflexionando) Más no estamos preparados
 para poder navegar.
- ERC. *(señalando dentro)* La dificultad es falsa
 de aquella cabaña en ruínas
 podemos, sin artes finas,
 construir una buena balsa.
- OLM. *(mirando)* Es verdad, en su madera
 con lianas bien unida
 puede hallar fácil cabida
 nuestra compañía entera.
- ERC. * Ya veréis; unos disparos.....
 tienen á bien retirarse.....
- OLM. Sí; más sería arriesgarse
 seguirlos.
- ERC. No; vamos claros,
 no quiero esa inconveniencia;
 á nuestro fuerte volvemos
 y siempre la honra tendremos
 de iniciar la gran pendencia. *
- Voy á invitar los soldados
 que con entusiasmo el plan
 seguro és que acogerán
 ya al peligro encariñados.
*(Se adelanta hacia los soldados; levanta la mano
 en actitud de demandar atención. Movimiento
 y rumor de los soldados que cesa al punto).*
 ¡Soldados! Si propicia la fortuna
 con amigo semblante se nos muestra
 y el triunfo á vuestro esfuerzo mancomuna

por todo el orbe en la marcial palestra,
hoy, más que nunca, nos ofrece á una
sus ansiados favores y su diestra,
mostrándonos la senda en que la gloria
nos prepara el laurel de la victoria.

En orgullosa muestra véis delante
del araucano estado los guerreros
que con alarde ufano y arrogante
desafiando están nuestros aceros ;
señalada la acción será y brillante
si arrostramos nosotros los primeros
el hecho de pisar la Araucanía
logrando un triunfo en tan propicio día.

Vosotros, que con honra habéis cruzado
del Adigio y del Tiber las orillas,
y el Ródano y el Elba habéis pasado
por la gloria animadas las mejillas.

Que al opulento Rhin habéis llevado
y al Escalda y al Ems las maravillas
de vuestro esfuerzo y ánimo gigante
al que nada en contrario fué bastante.

No os podéis arredrar del Bío-Bío
ante el caudal, que en vez de separarnos
de la gloria nos muestra su atavío
para así su favor manifestarnos ;
que si fatiga atravesar el río
nos procura, más honra ha de tocarnos ;
con la cruz y la patria por divisa
el más ingente obstáculo se alisa.

(sacando la espada y besando la cruz)

Juremos en la cruz de nuestra espada
de no volver sin el honor por guía.

(Los soldados, desenvainando la espada y besando la cruz)

SOLD. ¡Lo juramos!

ERC. (*envainando ; los soldados ls imitan*)

Y quede comenzada
la nueva empresa que la patria os fia ;
toda ambición se quede postergada
del austero deber ante la vía.
¡Sus pues! Y con la espada, en nuestra historia
marquemos otra página de gloria.

(*Ercilla y Olmos echan á andar seguidos de los soldados, pero apenas efectuado este movimiento aparece por último término derecha Lauco, medio corriendo, huyendo hacia el fondo seguido de Orompello, Rengo, Lincoya, etc. y dos ó tres soldados araucanos, que ciegos en la persecución de Lauco no reparan en los soldados españoles que los rodean apuntándoles con sus arcabuces. Caupolicán á su tiempo. Tinigra á poco que queda sobrecogida á la derecha. Se recomienda este cuadro al director de escena*).

ESCENA VI

DICHOS y OROMPELLO alcanzando en el fondo á LAUCO
y asestándole con la maza un golpe en la cabeza.

(*Lauco cae*)

OROM. ¡ Muere infame !

LINC. (*reparando en los españoles*) ¡ Los de España!
¡ Maldición !

OLM. (*al ver á Caupolicán que sale*) ¡ Caupolicán !
(*Los soldados que han quedado á la derecha, de modo que Caupolicán no pueda verlos, cierran el semicírculo en el momento que éste sale, dejándole dentro. Los araucanos se disponen á la defensa enarbolando sus armas. SE RECOMIENDA AL DIRECTOR DE ESCENA el cuidado que habrá de observarse en este cuadro y la posición y movimientos de los personajes. Ercilla en*

ademán solemne extiende la mano hacia los suyos deteniendo su actitud. Los araucanos como subyugados ante el gesto de Ercilla, bajan también sus armas.)

ERC. ¡No disparéis!

CAUP. (*avanzando tranquilamente hacia Ercilla*)

Vuestro afán

cumplió mi fortuna huraña.

Lo que jamás consiguió

vuestro valor y osadía

hoy la infiel estrella mía

por vuestra suerte logró.

(*con triste exaltación*) ¡Y solo! ¡Fatal destino!

¡Solo un puñado de fieles

participes de las hieles

que hoy me brinda infausto sino!

(*con resolución*) Más si la felicidad

de Arauco no conseguí

digan al menos de mí

« ¡Murió por su libertad! »

(*á los suyos*) ¡Caciques! ¡A la defensa!

¡ A morir como araucanos!

(*Todos levantan de nuevo las armas en actitud de acometerse. Ercilla se interpone rápidamente dominando á todos con ademán imponente; todos bajan las armas.*)

ERC. (*á Caup. con benevolencia y serenidad*)

Serían arrestos vanos;

calmad vuestra pena intensa.

Si el destino á mi poder,

como vos decís os trajo

con merecido agasajo

quiero yo corresponder.

Desprecio á la loca suerte;

vuestro fin debéis hallar

en el rudo batallar,
cara á cara con la muerte.

Hoy Ercilla, capitán
de los soldados hispanos,
devuelve á los araucanos
al grande Caupolicán.

ESCENA ULTIMA

DICHOS, YANAYA, HERNANDO, DOMÍNGUEL, ARNÁEZ y
los dos soldados, por la izquierda, quedan cerca de
donde salieran.

YAN. *(reparando en Lauco)*
¡Lauco muerto! ¡Santo Dios!

HER. Del cielo justo castigo;
para todos fué enemigo.

YAN. Mortal de nosotros dos.

CAUP. *(adelantándose á Ercilla con admiración)*

Noble procer: el jefe araucano,
que altanero jamás se humilló,
os demanda estrechéis esta mano
que la gloria á su gesto mandó.

(Se dan las manos)

De la patria en el nombre bendito
reconozco tan noble actitud.

¡Prez á vos en el tiempo infinito!

¡Generoso guerrero; salud!

(Con entusiasmo y mirando al fondo)

Yo vislumbro á mi patria querida (ALEGORÍA)

libre y grande del tiempo á través,

del trabajo y las artes asida

sosteniendo la ciencia sus piés.

ERC. *(mirando al fondo)*
Y ese pueblo que están generando
dos naciones de esfuerzo tenaz
su deber cumplirá venerando
EL TRABAJO, LA CIENCIA Y LA PAZ.

(CUADRO)

TELON LENTO

NOTA. — Como en el final del primer acto, al empezar Caupolicán las estrofas que recuerdan la Canción Nacional, los instrumentos suaves de que se disponga atacarán pianísimo la Canción Nacional, que llevarán en imperceptible *crescendo* y subirán á medida que Caupolicán alce la voz pero sin estorbar las palabras del actor.

La alegría debe dejarse ver en el momento en que Caupolicán dice "yo vislumbro" etc., y debe durar hasta la caída del telón.

La figura de la Nación Chilena sosteniendo en una mano la bandera y en la otra el escudo, erguida sobre un pedestal formado con libros (que pueden ser simulados).

A su izquierda y apoyando su mano derecha en el hombro de la figura anterior, España que sujetará con la otra su escudo.

A sus flancos atributos de las ciencias y de las artes como ruedas dentadas, azadones, arados, máquinas, escuadras, libros, mapas enrollados, un globo mundo, etc. Si los medios lo permitiesen, figuras simbólicas como la Paz, la Victoria, la Historia, etc., convenientemente colocadas.

En caso de estimarse conveniente la supresión de la alegoría y del esbozo musical que acompaña los finales del primer y cuarto actos, puede (á juicio del director) terminar este último del siguiente modo, después de las palabras finales de Ercilla (Pág. 123.):

CAUP. *(á Erc.)* Y él, generoso guerrero,
depone á tanta nobleza
toda su altiva fiereza,
todo su gesto altanero.
¡Gloria excesa á la nación
que hijos como vos dá al mundo!
¡Gloria al pueblo sin segundo
que simboliza el León!

OBSERVACIÓN Á LA PÁGINA 25, PRIMER ACTO.

• He suprimido, por estimar que tal vez desfavorezca la actuación de los personajes en escena, la siguiente salida muda de Lauco que el director apreciará si és ó no conveniente efectuar.

HER. Pero aún sin eso,
de modo tal distanciarse... (*y durante versos siguientes*).

LAUCO *atraviesa por el fondo, de izquierda á derecha sigilosamente la escena. A su mitad se detiene manifestando en sus gestos y semblante los celos y el rencor de que está dominado y haciendo un enérgico ademán, como significando que ha llegado el momento de la venganza, desaparece agazapado y rápidamente por la derecha. Se recomienda esta salida al talento del actor*).

OBSERVACIÓN Á LA PÁGINA 77, TERCER ACTO, ESCENA V

Porque me ha parecido darle así más carácter y verdad á la escena y aunque sé que existen opiniones en contrario, hago pasar ante el público el cuerpo de Crepino conducido en unas parihuelas.

Muy pocas son, lo sé, las obras en que saquen cadáveres á escena, pero quizá en un drama del carácter del presente no esté tal detalle fuera de caso.

No obstante, como los directores de escena son los más hábiles jueces en esta materia, dejo á su buen sentido el asunto.

Nada hay que modificarse en el verso, caso de no hacerse esa salida; basta que Ercilla diga los primeros versos al salir con Tegalda á escena y *como dirigiéndose á los que dentro se supone traen el cuerpo del indio*. Nada más natural que la suposición de que van por detrás de los árboles á dejar á Crepino en el fuerte.

CORTES

Como se vé en el contexto de la obra, he marcado (con asteriscos) varios cortes, alguno de ellos bastante extenso, como la relación del combate que en la primera escena del acto primero hacen Colocolo y Tucapel.

A más de estos cortes que propongo, dejo al tacto de los Sres. Directores los que crean prudente agregar.

INDUMENTARIA

SOLDADOS ESPAÑOLES: La propia de ellos en el siglo XVI

SOLDADOS ARAUCANOS: Atenerse á las siguientes estrofas de «La Araucana»:

Canto VIII, Llevaba el general (*) aquel vestido
estrofa 13.^a conque Valdivia ante él fué presentado.
Era de verde y púrpura tegido
con rica plata y oro recamado;
Un peto fuerte en buena guerra habido
de fina plata y temple relevado;
La celada de claro y limpio acero
y un mundo de esmeralda por cimero.

Estrofa 13.^a Todos los capitanes señalados
á la española usanza se vestían;
La gente del común y los soldados
Se visten del despojo que traían;
Calzas, jubones, cueros desgarrados
en gran estima y precio se tenían;
Por inútil y bajo se juzgaba
el que español despojo no llevaba.

* Caupolicán.

LAUCO Y CRIADOS DE TEGUALDA: Copio á continuación lo que dice la historia de Molina, edición madrileña del año 1795.

«.....en sus semblantes jamás se vé algún pelo por la extrema atención que tienen de arrancar aquel poco que allí asoma..... Sus cabezas están bien proveídos de cabellos negros, pero un poco ásperos los cuales se dejan crecer y se los anudan alrededor. De éstos cabellos hacen tanta estimación que el tusarlos sería la mayor afrenta que se les podía hacer.

..... Este traje, tejido todo de lana, consiste en una camisa, un jubón, un par de bragas estrechas y cortas y en una capa en forma de escapulario que tiene en el medio una abertura para meter la cabeza; larga y ancha de modo que cubre las manos y llega á las rodillas. La camisa, jubón y las bragas son siempre de color turquí que es el favorito de la nación.

Las personas de inferior condición llevan tambien el *poncho* (la capa) de color turquí pero las más acomodadas lo llevan blanco, rojo ó azul, con listas de ancho de un jeme, tejidas con arte, de figuras de flores ó de animales en el cual sobresalen todos los colores.

..... no usan turbantes ni sombreros, pero llevan en la cabeza una faja de lana bordada á manera de diadema. Esta se la levantan ó alzan un poco, en señal de cortesía, al tiempo de saludar y *cuando van á la guerra* la adornan de vistosas plumas. Las personas de conveniencias llevan botas, asimismo de lana de varios colores y chinelas de cuero. Lo restante del pueblo va siempre con los piés descalzos.»

LAS MUJERES: Su traje es todo de lana y de color turquí. Consiste en una túnica, una faja, una mantilla corta la cual se atan delante con una hebilla de plata. La túnica es larga hasta los piés, sin mangas, atada sobre la espalda con dos hebillas ó broches de plata. Divídense el cabello en varias delgadas trenzas que dejan caer sobre la espalda. Se adornan la cabeza con ciertas falsas esmeraldas de las cuales hacen mucho aprecio. Llevan collares y manillas de cuentas de vidrio y zarcillos de plata en forma cuadrada.

Todos los dedos de la mano están adornados de anillos, la mayor parte de plata..... ninguna, ni la más pobre deja de llevar estos adornos.

Estos puntos (●) están relacionados con estos otros (◊) é indican la posición que deben ocupar los personajes en el momento del diálogo en que los primeros estén marcados.

Queda al árbitro del Sr. Director de escena colocar en ésta algún tronco de árbol derribado, peñascos, etc., que pueden servir de asiento en algunos episodios.